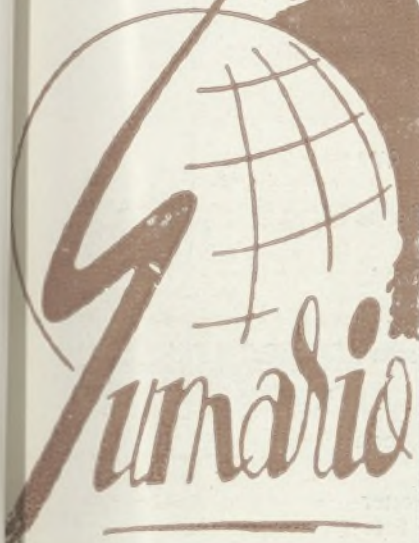


# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura



Carlos M. Rama: Nacionalización de la cultura cubana. — F. F.-S.: La derecha, su máscara y sus mitos. — Liberto Callejas: Unamuno en el destierro. — Puyol: Un asunto escabroso. — Costa Iscar: La comida del hombre. — Conrado Lizcano: Afinidades en marcha. — Celta Luz: Cumbres luminosas. — Georges Vidal: Han Ryner, el hombre y la obra. — Puyol: Mi pueblo. — Angel Samblancat: El exutorio colonial. — M. Celma: La vida y los libros. — Denis: El propietario. — Suno: Microcultura. — José Peirats: La Sión Hispánica (folletón encuadernable).

# 125

MAYO · 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



Ayuntamiento de Madrid



Descubren finalmente que estaban imitando a los yanquis incluso en sus defectos. En estos momentos se hace especial propaganda de la reciente ley revolucionaria que impone... el sistema métrico decimal. Se dejará de contar en galones, libras y yardas como hasta ahora, así como en las viejas unidades españolas de varas, arrobas y caballerías, para incorporarse al sistema universal de pesas y medidas.

Los universitarios antes leían casi más en inglés que en español, y hoy empezando por Cervantes hay una verdadera fiebre de lectura casi exclusivamente de obras de la lengua materna. Los poetas vernáculos, naturalmente revolucionarios, como Nicolás Guillén, Navarro Luna o Carlos Puebla, son casi tan populares como los «barbudos rebeldes» de la Sierra Maestra.

Cuba, por último, descubre que es una tierra fronteriza, y se vuelca en inmensa curiosidad por esa América Latina que había olvidado y que co-

noce muy poco. Nunca fué como hoy para Cuba, tan intenso el contacto con los intelectuales y los pueblos latinoamericanos, a pesar del repudio palaciego de los gobiernos de las pequeñas repúblicas. Por primera vez en su vida millares y millares de latinoamericanos están a su vez visitando Cuba, familiarizándose con su geografía y su historia. Cuba hoy, como ayer México, constituye una suerte de santo y seña de la América Latina progresista.

No puede menos que pensarse que independiente del resultado final de la revolución cubana, esta afirmación nacional de la cultura latinoamericana en Cuba es definitiva. Si Cuba cayera, «que es un decir», no volvería, sin embargo, a ser colonia cultural americana. Pase lo que pase, el avance del inglés se ha detenido en esa frontera y la cultura latina se ha anotado un triunfo. Triunfo una vez más de los pueblos, y de pocos, muy pocos de los que se llaman intelectuales.



## Dulce libertad

En tallo de Verdad, subió la aurora  
a una corola abierta y perfumada,  
y allí encontré prendida, encadenada,  
la dulce libertad que mi alma añora.

Y ella era flor. También, ave canora,  
camino despejado y ensenada,  
puerta abierta y barquita que, varada,  
espera al marinero, soñadora.

Gozosa libertad, ¡quién te tuviera,  
tomándote del talle, dulcemente,  
como a esposa que entrega su virtud!

La noche me dejó, con su quimera,  
este ansia de estrecharte y, a tu mente,  
ajustar mi ancestral esclavitud.

ABARRATEGUI



## Nueva generación española

# La derecha, su máscara y sus mitos

«**E**L peor truco que puede jugarnos el diablo es convencernos de que no existe». Parafraseando, para entrar directamente en nuestro tema, esta afirmación de Baudelaire, podríamos decir: el peor truco que puede jugarnos la derecha es convencernos de que no existe; es decir, que no existe ella en cuanto tal derecha y, por tanto, tampoco la izquierda en cuanto tal izquierda; dicho de otro modo, que la oposición izquierda-derecha no se da en la realidad, sino únicamente en la mente de algunos individuos «resentidos y demagogos», dispuestos a subvenir a toda costa un «orden natural» inmutable y casi perfecto. La literatura del derechismo clásico está llena de este tipo de mojigatería que, con gestos de predicador huero, trata de convencernos de que la sociedad es un todo homogéneo y unido, sin fisuras ni contradicciones internas, sin clases antagonistas ni intereses contrapuestos, donde todo puede resolverse sobre la base del «statu quo» reinante gracias a una serie de amañes de «buen gobierno» y donde los conflictos son sobre todo individuales, no sociales, y por tanto se hallan sometidos a la jurisdicción exclusiva de una ética individualizada y no al mecanismo de una lucha social histórica.

Esta red ideológica que la derecha tiende en torno a la sociedad — para mejor aprisionarla — resulta frecuentemente difícil de romper; la rutina de las costumbres sociales e intelectuales juega en su favor. La derecha cuenta — de ahí su fuerza — con la inercia aplastante de lo que es, de lo que ya está dado en la realidad presente. Los esfuerzos de orden práctico social y de orden intelectual, que desde la izquierda se hacen contra el *statu quo* de la sociedad tienen que chocar inevitablemente con esa inercia: de ahí su aparente fragilidad, incluso a veces su irrealismo — la izquierda se empeña en dar vida a lo que en cierto modo aún no es. Su tarea tiene, pues, que ser más esforzada y difícil, hasta que llega el momento privilegiado en que puede imponer su dinamismo transformador al peso inerte de lo existente. Para poder rasgar esa tupida red ideológica de la derecha a que antes nos referíamos, la izquierda tiene que esforzarse por producir en los sectores más o menos explotados de la sociedad una *toma de conciencia* de su propia situación y de la de los sectores privilegiados, de la naturaleza de la relación que a una y otra une y del carácter histórico contingente del orden actual, carácter que la derecha encubre bajo una capa de supuestas inmutabilidades. Esa toma de concien-

cia puede empezar en una crítica intelectual de los mitos protectores de la derecha, crítica que ponga al descubierto su realidad profunda de **ideología de combate**.

Dentro de la modestia de mis posibilidades, con la pretensión de simple reflexión orientadora, intentaré trazar un esquema elemental de esa crítica que pueda servir de punto de apoyo a ulteriores desarrollos.

Tres ideas o nociones esenciales en que suele apoyarse tanto la práctica como la especulación de la derecha son las siguientes: (1) la idea de un **orden natural**, basado en una «naturaleza humana», que, garantiza la legitimidad, la solidez y la estabilidad del presente estado de cosas (lo que ha hecho Dios o la Naturaleza no puede trastocarse sin peligro de muerte); 2) la idea de una **unidad esencial y superior** de la Nación (o de la Patria), unidad que en última instancia borra y anula las contradicciones, incluso abismos, que en el interior de esa Nación (o Patria) separan a un grupo de otro, a una clase de otra; y 3) la idea de que el gobierno de una colectividad humana es únicamente un problema de **orden y eficacia** en la superficie, de buenos gobernantes, y no de reforma y cambio en las estructuras básicas de la vida material y social de esa colectividad; en definitiva, de un **buen gobierno** de lo que ya está dado para siempre.

Veamos más de cerca estas tres ideas o puntos de apoyo ideológicos.

### EL « ORDEN NATURAL »

La idea de un **orden natural** subyace a toda la especulación política de la derecha, haciendo de apoyatura filosófica a la lucha en defensa de sus intereses. En cierto modo el concepto estático de «naturaleza» (en cuanto opuesto al dinámico de «historia») es patrimonio del pensar de la derecha. Este pensar se nos aparece lleno de «naturalidades», de «estados» o «estructuras naturales». Para él es **natural** el derecho de propiedad privada, el de herencia, la libertad individual (cuando conviene a sus intereses), la autoridad o incluso la dictadura (cuando también conviene a sus intereses), la división de la sociedad en clases, la distinción entre pobres y ricos, la familia tal como hoy se halla estructurada, los tabús sexuales vigentes, la religión (en cuanto sistema de prohibiciones que sustentan el buen orden de la ciudad), la existencia de razas inferiores y superiores como compartimentación ineluctable de la humanidad, la dialéctica poder-súbdito o dueño-esclavo... Todas las diferentes instituciones y ras-



gos que caracterizan a una sociedad históricamente determinada, en nuestro caso la burguesa, forma parte — para el pensar de la derecha — de un orden natural, de una naturaleza humana y social dada desde siempre y para siempre, inmutable y, desde luego, perfecta (en el sentido de que los hombres no pueden crear nada mejor).

Así, el pensar de derecha viene a ser profundamente « naturalista », y ello aunque, *pour les besoins de la cause*, se apoye en una existencia divina que en realidad viene a ser una trasposición sublimada de su propia conciencia social-natural. Si Dios es un concepto de derecha — y en cierto modo lo es —, ello se debe a que la mente conservadora de todos los tiempos y lugares le ha estructurado como un **fundamento metafísico** de un orden que se quiere natural e inmutable o, dicho de otro modo más llano, como una especie de **policia celeste** de una terrena, demasiado terrena realidad. De ahí que, en cierto modo, los hombres de temple religioso que sientan al mismo tiempo los ideales de la izquierda tengan que empezar por « reformar » el concepto de Dios **institucionalizado** por la derecha. Bien se puede decir que Dios, el concepto de Dios, vive encerrado en la camisa de fuerza que en torno a él ha ido tejiendo la **praxis** histórica sublimada de la derecha (1).

Evidentemente, este « naturalismo », franco o larvado de la derecha, no es más que un arma de guerra, un punto de apoyo para sí misma y un señuelo para el enemigo. El concepto de « naturaleza », de « orden natural » aplicado a las instituciones y estructuras de la sociedad de que se trate pretende encubrir la realidad fundamental de las mismas, es decir, que son obra del hombre, una creación histórica. Es fácil comprobar que todas esas instituciones y rasgos que la derecha considera como naturales — y que para la izquierda no son más que obra humana, resultado de un proceso de creación histórica — son precisamente los mismos en que se apoya el sistema de privilegio de que la derecha goza. Reducida a su esqueleto de cinismo, la especulación « naturalista » de la derecha consistiría en decirles a los despojados de todo privilegio: lo siento, hermanos, pero no es mía la culpa: la naturaleza (o

Dios) lo han dispuesto así, inexorablemente, y yo no puedo enmendarles la plana...

En los pueblos de España, cuando un mendigo llama a la puerta de una casa donde, si el pan es blando, el corazón es duro, se le despidió diciéndole: ¡Dios le ampare, hermano! Del mismo modo, en las sociedades modernas la clase burguesa — u otra cualquiera que haga las veces de privilegiada — aparta con hipócrita compunción a las clases desposeídas con un: ¡la naturaleza (o Dios) os ayude, hermanos!, yo nada puedo hacer.

Pero, naturalmente, la clase privilegiada — la derecha de cualquier época o país — no suele enseñar tan rudamente su esqueleto de cinismo. Por el contrario, procura ocultarle bajo la máscara falaz de un cierto **optimismo naturalista**. La derecha quisiera hacer creer a los excluidos de su « orden natural » que todo es para bien en el mejor de los mundos. Fijaos — dicen los detentadores a los despojados —, nosotros poseemos riquezas, vosotros podéis poseerlas también. No hay más que trabajar. Trabajad y tendréis lo que tenemos nosotros. Es muy fácil, desde el momento en que nuestra sociedad garantiza el derecho de propiedad privada a todos los ciudadanos; fijaos bien, a todos los ciudadanos. No hay más que esforzarse un poco y...

He aquí un caso típico de sublimación « naturalista » en el pensar de la derecha: el derecho « natural » de propiedad privada proclamado como general a todos los ciudadanos es su realísima negación en la práctica social; el « todos los hombres tiene naturalmente derecho a la propiedad privada » significa de verdad: « sólo unos cuantos hombres pueden gozar realmente de esa propiedad » (2). De este modo, lo que se proclama « naturaleza general humana » resulta ser sólo « condición histórica particular » de un grupo de hombres: los poseedores.

La derecha, pues, naturaliza (o diviniza: en el fondo es lo mismo; en ambos casos se trata de **deshistorizar lo histórico**, de inmutabilizar situaciones contingentes) naturaliza, digo, el orden histórico sobre que se asienta su posición dominante para convertirlo, a sus propios ojos y sobre todo a los de sus víctimas, en inmutable. La clase a quien la historia ha llevado a una situación de privilegio reniega de esa historia, del dinamismo de creación humana, y detiene al proceso en

(1) Resulta, por ejemplo, curioso observar las reacciones de gran parte de la derecha religiosa tradicional frente a las ideas radicalmente evolucionistas del padre Teilhard de Chardin. A nadie se le ocurrirá dudar de la pureza del sentimiento religioso cristiano del gran científico y filósofo francés. Sin embargo, la derecha « cristiana » procura poner sordina a esas ideas, cuando no las rechaza a rajatabla: no se siente segura dentro de ellas. ¿Por qué?: el énfasis intelectual que Teilhard de Chardin pone en la idea del mundo como devenir (o, en su sentido religioso, del mundo como creación divina en devenir) viene a socavar la base de inmutabilidad en que esa derecha pretende apoyar su defensa del orden. No es, pues, de extrañar que la burguesía « cristiana » vea en el padre un peligroso Caballo de Troya de la izquierda, y ello a pesar de todo lo honda y bellamente cristiano que su pensamiento sea.

(2) En apoyo de este hecho de experiencia sociológica podríamos traer aquí textos famosos de Marx; no es necesario porque más o menos son del dominio público. La crítica en ellos contenida sigue fundamentalmente en pie; la forma, realmente curiosa, en que la burguesía se esfuerza hoy por hacer creer en un supuesto « capitalismo popular » lo demuestra; aparte de que en la práctica no se trata más que de unas migajas echadas a un número más o menos amplio — para que se callen —, teóricamente el « capitalismo popular » es un contrasentido: si fuera verdaderamente popular, es decir general a todos los ciudadanos, dejaría de ser capitalismo para convertirse en cualquier otra cosa; por ejemplo, en socialismo.



el punto en que a ella le interesa. Una condición histórica contingente se convierte así en naturaleza humana inmutable, es decir, en una mixtificación.

Tomemos un ejemplo concreto. Cuántas veces no se les dijo a los cubanos por quienes no querían que nada cambiara, cosas como éstas: Estáis fatalmente condenados a gravitar en torno a Norteamérica porque sois sus vecinos próximos y sobre todo porque vuestro suelo produce sólo azúcar y ella es quien os lo puede comprar. Se partía así de la doble premisa de que la cercanía geográfica y el monocultivo azucarero eran dos hechos naturales inequívocos, que producían consecuencias igualmente ineluctables. Pues bien, ha bastado con un estallido de dinamismo histórico, con una repulsa radical o, dicho más simplemente, con una revolución, para que semejante mixtificación **naturalista** vuele hecha pedazos: ni la cercanía geográfica tiene unas consecuencias ineluctables, predeterminadas, ni el monocultivo, al menos en Cuba, es un estado natural, sino histórico, adquirido, con el que se puede acabar a golpes de reforma agraria y de técnica agronómica.

Podríamos multiplicar los ejemplos de esta mixtificación « naturalista » con que la derecha pretende encubrir una **praxis** histórica inconfesada e inconfesable. Tomemos el racismo: se parte como de un hecho natural de la inferioridad de ciertas razas, por ejemplo la negra. Se habla, en tono despectivo, de « negritos », o según la miserable expresión de muchos blancos del Congo, de « carbón humano ». Establecida esta base **natural**, queda **naturalmente** justificada la explotación de una raza: lo inferior debe estar sometido a lo superior — no parece que quepa duda en esto. Pero examinemos el caso más de cerca, veamos por ejemplo el caso del Congo: en 1960, tras noventa años de explotación colonial, los belgas se ven forzados a conceder la independencia a su antigua colonia; lo hacen a regañadientes y muchos de ellos (los más reaccionarios) con la secreta esperanza de que el nuevo Estado se hunda en el caos. En efecto, el Congo se hunde en el caos. La tropa se amotina, se cometen asesinatos y saqueos, la administración se desintegra, algunas provincias entran en secesión... Entonces, la derecha

(3) Véanse por ejemplo los editoriales de «ABC» de Madrid. Cabe citar en particular, como modelo de insensatez, el editorial de 14 de septiembre de 1930, donde se pretende hacer un cóctel a base de «supremacía de la raza blanca» y de «espiritualidad cristiana» (¡pobre Cristo, hermano de todos los hombres!) que daría como resultado la «civilización occidental», todo ello como opuesto a los ideales de libertad y de emancipación de los pueblos que inspiraron la «horrenda» revolución francesa. Verdaderamente, cuando la historia quiere perder a un individuo o una clase...

Por otro lado, es curioso — y aleccionador — observar cómo una derecha ferreamente centralista en lo que a su propio país se refiere defiende cínicamente el separatismo en otros países «explotables». ¡Vivir para ver!

mundial más reaccionaria (3) se frota secretamente las manos y pone el grito en el cielo: Era **natural**... ¿No lo decíamos nosotros? Esas gentes **no son capaces** de gobernarse a sí mismos. El colonialismo es una institución **natural** y benéfica (aunque no hayan sido exactamente éstas las expresiones empleadas, el pensamiento secreto sí era ése).

Era **natural**... Pero ¿qué es lo que era natural? ¿la inferioridad de los negros del Congo? Para una mirada medianamente imparcial, lo que detrás de esta batahola semi-racista hay es un hecho sencillo y claro que el enfurecido colonialismo en decadencia pretende ocultar: tras noventa años de colonización «beneéfica» (¿para quién sobre todo?), sólo existían en el Congo, de raza negra, 30 suboficiales, 3 altos funcionarios y unos cuantos universitarios... ¿Inferioridad **natural** de la raza negra? Para responder, preguntemos simplemente esto: ¿qué ocurriría en Bélgica si de repente el país se encontrara en la situación de tener que apoyarse sobre un número semejante de suboficiales, funcionarios y graduados y se produjera una secesión de las provincias valonas, apoyada por ciertas potencias extranjeras? Es posible que, en tales circunstancias, unos cuantos batallones de negros africanos «inferiores» enviados por la O.N.U. a Bélgica vinieran al pelo para pacificar al país y poner orden en el caos.

Otro aspecto en el que la mixtificación **naturalista** de la derecha — o al menos de la ultraderecha — suele ejercearse con machaconería es el de la violencia como **médula natural** del poder político y de la fascinación ante el hecho consumado, ante la realidad como inercia, es decir, lo que podemos llamar «hiper-realismo» (más adelante hemos de ver cómo la violencia y el **realismo** a ultranza pueden también contaminar a la izquierda, pero de todos modos la vocación original de ésta se orienta en un sentido exactamente opuesto). La mentalidad de derecha — sobre todo de ultraderecha — está formada para ver en la violencia del poder una condición **natural**, sin posible superación, de la vida política. La fascinación por el poder en sí — independientemente de lo que con ese poder se haga o se cree — es un rasgo casi automáticamente derechista (incluso cuando aparece en un individuo que se dice de izquierdas). Para ese tipo de mentalidad el poder como violencia es lo único real y efectivo en la vida política. De ahí el desprecio de la ultraderecha por los ideales del humanismo, en cuanto esfuerzo de superación de una situación social que hay que considerar dada pero no inmutable. Para ella, el auténtico esqueleto social de cualquier país lo forman los poderes constituidos como violencia; de ahí la admiración profunda por el ejército, no tanto por lo que haga o pueda hacer (un ejército puede también hacer una revolución: la historia lo demuestra en numerosos casos), sino por lo que en sí mismo es, estáticamente considerado...

Correlativo con esta fascinación por el poder como violencia es el **hiper-realismo político**: el hecho consumado vale más que todo ideal; la mo-



ral es un fenómeno totalmente ajeno a la vida política, gobernada por las fuerzas **naturales** que recorren la sociedad. Para la derecha, el **orden natural** de las cosas, inmutable, priva sobre todo ideal, sobre todo esfuerzo de superación; el pasado y el presente (en cuanto lo **ya dado**) prevalecen sobre el futuro (como lo que **aún no es**). Así, para la mentalidad de derecha (frecuentemente hegeliana sin saberlo) todo lo real es racional, por el simple hecho de existir; mientras para la izquierda (que suele ser más conscientemente hegeliana), frecuentemente nada de lo real es racional. De modo que lo que en la derecha es una aceptación más o menos hipócrita, en la izquierda es generalmente una repulsa airada (y a veces, reconozcámoslo, vana), es decir, una **negación radical** de una supuesta «*naturaleza humana*» inmutable.

#### LA « UNIDAD NACIONAL »

Veamos ahora el segundo punto de apoyo ideológico de la derecha a que aludimos al principio: la idea de la unidad esencial de la Nación (o Patria) como automáticamente superadora de toda contradicción o lucha interior.

Evidentemente, sería insensato negar pura y simplemente la realidad actuante e integradora de la Nación. La nación constituye una determinada unidad histórica, una totalización parcial dentro del proceso totalizador general que es la historia humana. La nación se asienta sobre una determinada realidad que viven como algo común todos y cada uno de los individuos abarcados por sus límites geográficos o históricos. Esa **vivencia actual** de una realidad común por todos los nacionales es lo que constituye la unidad histórica que es la nación. En esta vivencia se mezclan una serie de elementos estáticos (el sentido de apego a la tierra natal, la comunidad de lengua, la continuidad de un pasado común, ciertos matices diferenciales del temperamento social...) y dinámicos (el sentimiento de realizar una tarea común).

He aquí, pues, una realidad histórica viva: la nación. Ni desde la derecha ni desde la izquierda se la puede negar. Pero el problema no está en la afirmación o negación de esa realidad, sino en el manejo que para sus fines particulares hace de ella la derecha. Empíricamente, es decir, en la experiencia de la práctica político-social, puede decirse que el concepto «*nación*» o «*patria*» es frecuentemente un concepto de derecha: lo normal es que oigamos esas palabras de labios de ésta. ¿Por qué?

La explicación no debe ser muy difícil. La nación es una unidad histórica, no un monolito. Lo que quiere decir que, en cierto modo, se está haciendo y deshaciendo todos los días continuamente: es una realidad en proceso, en devenir, una totalización que se totaliza perpetuamente. Y, como tal, es una cristalización del devenir general humano. Tanto por encima como por debajo de ella, cristalizan otras unidades históricas, más o menos fuertes y totalizadas: la familia, los municipios, las regiones con un cierto grado de auto-

nomía histórica, los grupos, las clases sociales, los bloques de naciones, las «*culturas*», la humanidad... De modo que podríamos representar a la nación como un círculo incluido en otros círculos más amplios e integrado a su vez por otra serie de círculos de radio decreciente y diversa virtualidad. La nación no es, pues, más que uno de los múltiples círculos dentro de los cuales el hombre vive su materialidad, es decir, que condicionan su **vivir en el mundo**.

Ese círculo que es la nación es una realidad **contingente**, en el sentido de que, como todos los demás, se halla sujeto al proceso histórico de que nació. Se trata de una contingencia mutuamente condicionada, en la que cada círculo afirma y niega al mismo tiempo la realidad de los demás: unos tienden a disolverse en los otros, o bien a desintegrar o superponerse a los otros... en un proceso reversible de mutua atracción y repulsión que subyace a la historia humana. Todo depende del hombre en cuanto ser que vive con otros y en el mundo: él es quien los constituye viviéndolos. Ninguno de esos círculos es exclusivo, preponderante ni inmutable. Los intereses del individuo en su vivir la materialidad se trasladan continuamente de un círculo a otro, parcial o totalmente.

La nación es, pues, uno de esos círculos **materiales** contingentes dentro de los que el individuo vive sus intereses. Pero la derecha tiende a convertir ese círculo contingente de historicidad en una especie de **monolito metafísico-religioso**, de supernaturaleza de la sociedad que conforma esencialmente al hombre en cuanto ser social. Es decir, lo que es una pura tensión dinámica entre hombres, grupos y clases sobre la base de condiciones objetivas se transforma en una unidad extrínseca que se impone a ellos desde fuera.

La razón — más o menos consciente — de esta trasmutación es evidente: la derecha necesita constantemente una camisa de fuerza que impida el desencadenamiento de tensiones demasiado peligrosas para su situación de privilegio. Esa camisa de fuerza se teje, entre otras cosas, a base de «*unidad nacional*» monolítica. (Entiéndase: no es que yo niegue esa unidad nacional — ya he dicho antes que es una realidad vital —; me refiero aquí únicamente a la utilización que de ella hace la derecha).

Por ejemplo, para el pensamiento — fingido o no — de la derecha un proletariado es **más nacional** que proletario. Es decir, que un obrero inglés, francés o español se define más por la relación con el cuerpo nacional dentro del cual ha nacido que por la clase social a que pertenece. Lo cual puede ser — y, dada la estructura de nuestra sociedad, casi siempre es — una notoria falsedad: es decir, que el obrero puede ver (si no siempre, sí en ciertas ocasiones de tensión) sus intereses materiales y, en general, humanos plasmados con mucho mayor vigor en el círculo de su clase social que en el de su nación.

La verdad es que hay una apropiación — práctica y teórica — del círculo «*nación*» por la clase privilegiada, que le adapta a sus intereses y le



utiliza como dique de contención frente al dinamismo amenazador de la otra o las otras clases más o menos explotadas.

De este modo, la «unidad de la nación», tal como la derecha la concibe y la impone, podría parangonarse sin exceso de parodia a la «unidad gusano-fruta» o a la «unidad carcinoma-madera». La moraleja a sacar sería: quien devora necesita estar unido al devorado.

Cuando la derecha afirma que «por encima de la lucha de clases está el interés nacional», está cometiendo una mixtificación. Porque no hay un interés nacional en abstracto, que no tenga nada que ver con todas y cada una de las clases que componen la sociedad nacional; es decir, que el interés nacional no es más que el resultado de una determinada disposición del antagonismo clasista, o, lo que es lo mismo, dada la presente estructuración de la sociedad, el interés disimulado de la clase dominante, que puede o no coincidir con el interés general de la colectividad. Es como si la carcinoma, para evitar la expulsión, dijera: «Por encima de mis propios intereses y de los de la madera, están los intereses de la puerta»; siendo así que su práctica devoradora es tan negación de la madera como de la puerta (puesto que ésta no es más que aquélla en una disposición determinada).

Con la proclamación de la «unidad nacional» como superadora de la lucha social, la derecha no suprime ni supera en modo alguno esta lucha: se limita a encadenar a las clases contendientes que se le enfrentan, consiguiendo así una «explotación pacífica». A ello se le llama «paz social».

Y es que el antagonismo de las clases no se le supera con ningún árbitro — simplemente porque no puede haber árbitro por encima de esas clases. Nadie puede impedir que en régimen capitalista un obrero sea **objetivamente** enemigo del capitalista (digo objetivamente porque, sea cual sea la conciencia que de ello tenga, sus intereses son en gran parte incompatibles con los de éste). La lucha entre las clases queda suprimida de verdad sólo cuando se suprime a éstas; aunque evidentemente se la pueda suavizar u ocultar de uno u otro modo (4).

En resumen, que la «unidad nacional» tal como la derecha la concibe y utiliza es simplemente una **unidad de devoración unilateral**. Es decir, una artimaña más de esa guerra que se dice suprimida.

(4) Nada más regocijante — una hipocresía — que oír hablar a la derecha de cosas como «asociación capital-trabajo».

Nunca he podido concibir como  
un ser racional podría perseguir  
la felicidad ejerciendo el poder  
sobre los otros.

JEFFERSON

## EL « BUEN GOBIERNO »

Y vamos con la tercera de las nociones en que la derecha apoya su especulación y su práctica social: la del **buen gobierno** de la colectividad. En realidad, esta noción es un corolario de la que examinamos en primer lugar, es decir, la idea de un **orden natural** como base del estado presente de la sociedad. Pues si en definitiva esa sociedad se asienta sobre un orden natural de las cosas, sobre una estructura suficientemente racional e inmutable, predeterminada por Dios o por la naturaleza, lo único que a la política le quedará por hacer es **administrar bien lo que ya existe**. No hay, pues, que transformar la base, que es la mejor posible, la más humana posible; sino simplemente implantar las instituciones y elegir los hombres más idóneos para un gobierno fructífero del «bien común» y una recta conducción de «la nave del Estado» (esa cursi expresión de la derecha tradicional).

Así, preocupación política fundamental de la derecha suele ser (no siempre lo es, claro está) el dar con **buenas leyes, administradores competentes y políticos honrados** (evidentemente, esto también preocupa a la izquierda, pero sin que en todo caso pueda constituir la meta de su esfuerzo principal, que apunta a una zona más profunda de la sociedad).

Desde el punto de vista de la izquierda, toda esta instrumentación jurídico-moral, sin duda útil, por sí sola no es más que pura ortopedia, simple apuntalamiento de unos muros resquebrajados desde sus cimientos. Recurriendo otra vez a la comparación más o menos paródica: es como ponerle emplastos a un enfermo de cáncer.

Recurramos de nuevo, para mayor claridad, al ejemplo cubano: una cierta mentalidad de derecha pudo pensar a la caída de la dictadura de Batista, que la solución del problema de Cuba estaba en sustituir el desgobierno, la corrupción y la incompetencia característica de aquélla por un gobierno de **hombres honrados y competentes**. Este gobierno hubiera concentrado sus esfuerzos en depurar la administración, cerrar los casinos y las casas de prostitución, sanear la hacienda expoliada, fomentar el crecimiento económico..., en resumen, una serie de medidas de **buen gobierno** encaminadas a promover el «bien común». ¿Eran estas medidas malas? Todo lo contrario; lo único que ocurre es que, por sí solas, constituyen simplemente un típico programa de derecha (de derecha honrada, se entiende) y, por tanto, una mixtificación si con ellas se pretendía poder resolver el «problema de Cuba», así, en general. Porque «problemas de Cuba» podía haber, y había en efecto, varios, según se tomara como punto de vista los intereses de uno u otro grupo o clase. Había evidentemente un **problema de la derecha**, que podía seguramente resolverse gracias a las medidas a que antes aludíamos; pero había también un **problema de izquierda** que era imposible resolver con sólo eso (aunque eso fuera también necesario). La derecha veía la solución en el **buen gobierno**, sin modificar para na-



da el *statu quo* de base en que la sociedad se apoyaba; la izquierda trataba precisamente de modificar ese *statu quo*. El capitalista pedía orden, competencia y honradez; el obrero y el campesino exigían (es decir, lo exigían sus intereses, fuera cual fuera su conciencia de ellos) reforma agraria y nacionalizaciones. Con el monocultivo y la miseria campesina, así como con la grave dependencia respecto a los Estados Unidos que ello implicaba — pensaba la izquierda —, no se acaba a base de buen gobierno, sino a base de reformas...

En resumen, pues: que la noción de **buen gobierno**, se sitúa al mismo nivel, en la sociedad capitalista, que las de «orden natural», «interés nacional» y «bien común»: es decir, al nivel de los intereses de la clase privilegiada. A ese nivel, el «buen gobierno» viene a significar crudamente: yo en *mi* sitio, tú en el *tuyo*, y las manos quietas. Es decir, no modifiquemos nada por debajo y tendremos paz por arriba. Lo malo —para la derecha— es cuando la clase o clases explotadas se niegan a aceptar el sitio que **naturalmente** (según aquélla) les corresponde y plantean la lucha y la contradicción en un nivel de profundidad social: desde abajo.

El peor truco —decíamos al principio— que puede jugarnos la derecha es convencernos de que no existe. Hemos visto, al hilo de estas reflexiones, algunos de los trucos o cortinas de humo ideológicos de que la derecha se vale para ocultar el bulto gravitante de su existencia. Truco desde su punto de vista perfectamente lógico, pues que su mejor manera de actuar es fingiendo que no existe como cuerpo de intereses sociales excluyentes y simulando encarnar el interés de la generalidad

colectiva. Al lobo —perdónesenos el simplismo maniqueo de la comparación— lo que más interesa es aparecer como cordero. ¿Hace falta explicar por qué?

En el campo de la derecha será fácil que oigamos expresar, con más o menos convicción, frases como éstas: «la distinción izquierda-derecha no tiene sentido» o «está superada» o, todavía, «es una maniobra de resentidos». Para replicar adecuadamente a este tipo de observaciones, hay que situarse simplemente en el terreno del análisis sociológico e histórico, para constatar la existencia, imposible de mixtificar, de dos o más grupos de intereses contradictorios que luchan entre sí. En cuanto a las palabras, no tienen importancia: no se trata de un problema de vocabulario, sino de realidades sociales actuantes. Llámeseles a los dos términos de la contradicción como se quiera: «conservadores» y «progresistas», «norte» y «sur», «x» y «z»...; suprimase si se quiere toda la denominación; lo que no se podrá suprimir, al menos por procedimientos verbales, es la existencia real de una contradicción entre intereses, grupos o clases sociales.

La técnica de ocultación de la derecha se desmorona desde el momento en que la clase o clases más o menos explotadas toman conciencia de su situación de inferioridad y de que esa situación no tiene su origen en un «orden natural» o «divino», inmutable, sino en una pura creación histórica, y de que, por tanto, es una situación contingente.

¿En qué nociones o puntos de apoyo ideológicos se funda esa toma de conciencia?

F. F.-S.



*Si ningún político cree  
en la política de otro  
¿cómo hemos de creer  
en la política de ninguno?*

F. Alaiz



# UNAMUNO



burguesa de la rue de Perouge, una de las largas calles transversales de los Campos Eliseos, cerca del Arco de la Estrella. Poco a poco van llegando los habituales de cada tarde: Ortega y Gasset, Carlos Esplá, Armengot, Casanovas, « el eterno Don Juan »; Ventura Gassol, con su chalina negra y su cabellera al aire. Más tarde irrumpen juntos Durruti, Ascaso, Jover, García Oliver, Aurelio Fernández y Alfonso de Miguel. Se dirigen a mi mesa. Muy cerca de nosotros habla reciamente Francisco Macià. Truena contra la dictadura, y sus brazos trazan al infinito, problemas de estrategia militar para tomar Cataluña. Unamuno calla y apenas observa. La barba del viejo rabino enmarca el rictus severo de su boca plegada. Un día Blasco Ibáñez lanzó esta frase en pleno Café: « Este don Miguel, con su aspecto levítico, debía ir a Norteamérica a fundar una religión y a hacerse rico ». Algunas veces el autor de « Nada menos que todo un hombre », dialoga con Paul Valéry y Jean Cassou, que vienen a verle expresamente. Unamuno se apartaba de nosotros. Le estorbaba nuestro optimismo y nuestro afán de creación y de lucha. Porque Unamuno fué un desterrado con toda la amargura del destierro. No podía adaptarse a

**L**A situación de España en 1924 era una situación triste y al mismo tiempo indigna. Primo de Rivera se erigió en dictador. Barcelona acababa de pasar por un movimiento de reivindicación obrera y la sangre de muchos militantes de la C.N.T. permanecía aún fresca sobre el empedrado de las calles. El golpe de Estado militar empujó hacia la frontera francesa a infinidad de hombres amenazados con la cárcel o la persecución más desenfrenada. Aquello fué una típica cuartelada y preparada en los cuartos de banderas, entre sorbos de olorosa manzanilla, bajo la efigie deleznable del monarca, y al compás lúgubre de un fandanguillo andaluz.

París nos acogió otra vez una tarde fría y gris de otoño, este otoño tan característicamente parisién, donde uno parece soñar con la sombra de Baudelaire, deslizándose a lo largo de los barandales del Sena bajo una lluvia persistente... El invierno vendría pronto, y, con él, la frialdad de todas las cosas. La « petite chambre » del Boulevard de la Chapelle sería nuestro refugio; quién sabe por cuánto tiempo... Comienza de nuevo la vida activa, la lucha por las ideas en todos los climas y en todos los países, en la inmensidad del mundo sin fronteras. Por primera vez conozco personalmente a Sebastián Faure, allá arriba, en los altos de Pixerecourt, en una pequeña imprenta. El viejo compañero, teórico profundo y orador brillante montaba pacientemente el armazón de la « Enciclopedia Anarquista » ligándolo con la solidez de sus pensamientos sublimes. Más tarde trabajábamos juntos. De esta imprenta salieron los primeros números de « Liberión », que fué un rayo, una saeta contra la tiranía militar-borbónica. Componía conmigo el periódico Rafael Vidiella, de las « Artes Gráficas » de Barcelona, que estuvo también

con nosotros en Valencia editando « Solidaridad Obrera » y en compañía de Carbó, Alaiz, Vidiu, Bernal, Aragón y Salvador Seguí. Ahora, en este destierro infinito, Vidiella acaba de publicar un libro repleto de groserías contra los grupos anarquistas, pagado por el oro de Moscú. La redacción de « Liberión » estaba instalada en una mesa de Café. Este Café se hizo célebre entonces. Se llamaba « La Rotonde » y ocupaba un lugar en el Boulevard Montparnasse, cruce con Raspail, muy cerca de la boca del Metro Vavin, en pleno barrio latino. « La Rotonde » era el cenáculo, la hospedería, el rincón espiritual de los refugiados españoles. Había también en aquel

## por Liberto CALLEJAS

Café una multitud abigarrada y confusa que llenaba el local: comediantes, músicos, poetas, pintores de Oriente y Occidente, mujeres tocadas con una clámide griega, entre ellas Isadora Duncan; y otras con un turbante egipcio. Todos estos bohemios comían en el « Foyer Vegetarien », restaurante a 1,50 francos el cubierto, donde actuaba de encargado Pere Foix, « De la Ville ». La Duncan, que se decía anarquista, alternaba mucho con nosotros. Unos años más tarde asistimos a la incineración de la autora de « Mi vida » en el Père Lachaise. Allí estaba Georges Ploch, Han Ryner, Henry Torrès y lo más selecto de la intelectualidad francesa.

**E**N « La Rotonde » se hablaban todas las lenguas del mundo y ardían todos los fuegos del Universo. En un rincón, siempre solo y siempre triste: don Miguel de Unamuno. Ha venido a pie desde su pensión

## EN EL DESTIERRO



la luz tenue y opaca de la vieja Lutecia. Sufrió el «mal de España» y añoraba la llanura castellana extensa e intensa. De tanto en tanto desahogaba su bilis en el periódico «Hojas Libres». Sus artículos eran partículas de dinamita lanzadas contra el dictador jerezano a larga distancia, y estrofas ardientes para Salamanca, y cantos de amor al sol de España. El destierro fué para Unamuno una pesadilla atroz que inmovilizaba su pensamiento. Dió un cursillo de conferencias, muy breve, en el Colegio de Francia y rimó con rabia su «Cancionero del destierro», serie de terribles aforismos en verso. Y nada más. Su pereza mental, su abulia, su cansancio creó una enemistad profunda entre él y Rodrigo Soriano, que escribía entonces duro y cerrado en casi toda la prensa, y que trabajaba incansablemente para ver a España libre de sotanas y espadas. Hay que decir, en recuerdo de Soriano, que fué un asiduo colaborador de nuestro periódico, donde escribió cosas bellas y punzantes.

Unamuno abandonó París lleno de melancolía y de excepticismo. «Esta ciudad — decía — es un montón de historia apagada». Y se marchó a la frontera vasca, a Hendaya, cerca de España. Allí todos los días ponía un pie en la península y otro en Francia como si cumpliera un rito sagrado. Era un desterrado triste, huraño, rencoroso, despiadado. Malos vientos de envidia y de despecho empujaron a Unamuno a Fuerteventura, y a Francia después. Si la dictadura hubiera repuesto a aquel hombre en su antiguo cargo de rector universitario, no habría-

mos contemplado en «La Rotonde» su perfil de águila caída. Era un desterrado sin ideas. Cassou, que tradujo al francés «La Agonía del Cristianismo», hacía resaltar en el prólogo una frase de don Miguel: «La ideología es la más terrible de las dictaduras». Muy conocida también aquella otra frase unamunesca: «Las ideas son productos de los hombres. Lo substancial es la persona humana». ¿No es todo eso una paradoja? ¿No es una contradicción? Si hay ideas, hay personas humanas que las sustentan, las presentan y las defienden. ¿Puede existir una cosa sin la otra? No obstante puede haber hombres sin ideas. Y uno de estos hombres era Unamuno, que fué la eterna paradoja y la infinita contradicción. Su manía paradojal lo persiguió hasta la muerte, hasta el borde de la tumba. Después de tratar con dureza la obra de Ferrer Guardia, después de insultar el ideal anárquico, después de atacar a la República y desprestigiar a sus hombres, después de llamar salvajes a los que purificaban con el fuego la infame podredumbre de las iglesias, después de burlarse de la revolución del pueblo y de la lucha que tiene entablada este mismo pueblo contra el clero, el capitalismo y el fascismo, tuvo que gritar como un poseído ante las mesnadas de Franco y Millán Astray: «¡Venceréis, pero no convenceréis!» Esta fué su última y definitiva paradoja.

**U**NAMUNO no sentía, no podía sentir la emoción del destierro, porque no era realmente un desterrado sino un despedido. Para los hombres que siguen un ideal la mayor as-

piración en el exilio es el deseo infinito de volver a organizar nuevamente la cruzada en favor de su ideal. Unamuno no poseía esta esperanza tan intensa que enciende en el hombre la antorcha del optimismo. Al través de su desesperación y de su amargura no tuvo siquiera el gesto febril de Gánivet, que un día, se arrojó de cabeza a las aguas heladas del río nórdico, para probar de abrazarse a la inmensidad. Gánivet poseía un caudal de pensamientos, de emociones, de sensaciones, de inquietudes. Era enemigo del método, del programa y del tradicionalismo castador. El autor de «Idearium» no temía a la muerte y supo emplearla como postrer recurso. Unamuno no quería morir, aferrado al temperamento cáustico y férreo de su estirpe vasca. Gánivet era andaluz-árabe y, por lo tanto, soñador y propenso al sacrificio.

No hay que negarle a Unamuno sus dotes de escritor, de gran criticista, de comentarista sagaz y avisado, y de buen poeta. Dominaba el panorama y el paisaje con maestría. Su obra literaria quedará fija en la historia de España, a pesar de su aparatosa disimilitud. Pero esto es aparte. Hemos hecho un pequeño estudio del hombre en sí mismo y frente a la adversidad.

Unamuno, en el destierro, pasó como una sombra fría. Sin dejar un rastro de luz, ni un recuerdo, ni una emoción, ni siquiera una ráfaga de simpatía. Una vez en España no se acordó jamás de aquellos días de París, brumosos y tristes, y a veces diáfanos y risueños, que, entre otras cosas, ayudan a formar este clima emocional del destierro.





# Un asunto escabroso

*«La vérité d'une femme est l'erreur qu'elle adopte, car il faut penser pour atteindre à quelque vérité.»*

ANDRÉ SUARES

Intervienen:

AUREA  
MARGOT  
LUIS MARIA  
CESAR  
MATIAS  
JOSE

*Dormitorio moderno. Luz rosa.  
MARGOT y JOSE, criados de confianza: él usa patillas y es más viejo que ella.*

MARGOT. — Novedad: la señora cambió de perfume. ¿El señor no?

JOSE. — Clavel siempre.

MARGOT. — Esto algo indica.

JOSE. — Coquetería.

MARGOT. — Ambar su perfume favorito.

JOSE. — ¿Y el nuevo?

MARGOT. — Espera... «La Hora Azul».

JOSE. — Dice bien don César: no hay quien titule como los perfumistas.

MARGOT. — ¿Por qué lo dice?

JOSE. — ¡Cuánto sabe! Escritor, crítico... Le he caído en gracia. Hablamos casi de igual a igual.

MARGOT. — No te confíes.

JOSE. — ¿Pues?

MARGOT. — ¡Yo qué sé! No es santo de mi devoción.

JOSE. — Estos americanos son tan llanos como inteligentes.

MARGOT. — Le ha tomado el gusto a la sopa boba.

JOSE. — Sopista más o menos...

MARGOT. — A todo estar, y ya tiempo, don César.

JOSE. — Mujer, bien que grande, la casa no presta lo que el Palax.

MARGOT. — ¿Sabes lo que te digo? Clientela de la Patro.

JOSE. — ¿De qué Patro?

MARGOT. — Esa de las judías.

JOSE. — Personajes, y llamados a serlo. La casa de los Urbina, el centro de la intelectualidad.

MARGOT. — El administrador está en lo firme al pronosticar la ruina de los señores.

JOSE. — No tienen hijos.

MARGOT. — Pero sí gorriones.

JOSE. — Plumíferos.

MARGOT. — Si escriben como tragan...

JOSE. — ¡Qué hombres...! A don César le chocan mis patillas, orgullo mío.

MARGOT. — ¿Sí?

JOSE. — A no apellidarme Librea. Patillas mi abuelo, proveedor de palacio en tiempos de Alfonso XII (perdonado háyale Dios). Mi padre, criado de casa grande, usólas. Yo he salido a ellos, y el que a los suyos parece... No me hallaría sin patillas: sería como vivir para la causa de la domesticidad.

MARGOT. — ¿Sin otro afán?

JOSE. — Servir y amar a Dios...

MARGOT. — Criado es insulto.

JOSE. — Honra, amiguita. «Nadie es gran hombre para su ayuda de cámara».

MARGOT. — «Pero no porque el gran hombre lo sea, sino porque el ayuda de cámara es un ayuda de cámara».

JOSE. — Criado de usarcid, dice la persona entendida en maneras.

MARGOT. — Ya no hay maneras: una generalizada.

JOSE. — Encerrado en mis patillas, no me entero.

MARGOT. — ¡Qué suerte!

JOSE. — Mi único pio: servir y amar a Dios...

MARGOT. — ¡Y dale!

JOSE. — Librea hasta el tuétano. Créeme: sirviente de buena casa, cuasi ario.

MARGOT. — ¿Ario?

JOSE. — Señor, sí.

MARGOT. — Hombre... por contagio. Aunque menos que tú, llevo tiempo con los señores. La señora difunta no se hacía sin mí. Yo la vestí para enterrarla. Después, el señorito Luis María, sin la contra que impedía su matrimonio... ya tú sabes.

JOSE. — El «no» para casarle con la farandulera.

MARGOT. — Por fin se casaron, y en la casa quedó de doncella.

JOSE. — Azafata, más elegante.

MARGOT. — La señora se confía de mí y este mote me ha puesto.

JOSE. — Margot.

MARGOT. — Ya no me hago a que me llamen Margarita. Tampoco a vivir fuera de aquí me acostumbraría. No me casé por lo mismo. Sin ser mía esta casa, encuentro en ella un bienestar que me satisface, y nada más deseo.

JOSE. — Tampoco del cajero son los fondos que maneja; ¿mas quién tiene las llaves de la caja?

MATIAS.

*Cartapacio bajo el brazo, lápiz a la oreja, becoquín, espejuelos, chaqué antediluviano, corbata-plastrón, pantuflas...*

— Ahorrad luz: están todas encendidas.

JOSE. — Que es otro ahorro, dice, como el del chocolate del loro. Sabrá usted que había una familia...

MATIAS. — La familia acabó pidiendo limosna. ¿Y estos preparativos?

JOSE. — La «toilette» de cama.

MATIAS. — Innecesaria.

JOSE. — ¿Cómo quiere usted que se acuesten?

MATIAS. — Modelo Adán y Eva: como yo.

MARGOT. — ¡Qué horror!

MATIAS. — Haz números, Matías. Hila delgado, Matías. Economiza, Matías...

JOSE. — De aquí a cien años...

MATIAS. — Por lo menos, canosos. Quieren hacer siete y media, y pasan.

Estampa dramática, escrita por PUYOL



JOSE. — El que la sigue la mata.

MATIAS. — ¡Hum!... Prever vale más que curar.

JOSE. — Comparado con sus expresiones, el Apocalipsis es un cuento de color de rosa.

MATIAS. — José, el contador.

JOSE. — Diré que usted me lo ha mandado.

(Sale José).

MATIAS. — No se enteran de que este año se han helado los olivos. El trujal estará cerrado. No habrá tostadas de trujalero.

MARGOT. — ¡Con lo que a mí me gustan!

MATIAS. — Vengo a informar a los señores... a predicar en desierto. Los gastos aumentan y los ingresos disminuyen. Barrunto un cataclismo si forzamos la máquina.

MARGOT. — Tiene usted razón.

MATIAS. — Se gasta ahora en un mes lo que antes en un año, con ser tantos los pobres de la señora, y el renglón de iglesias y conventos tan importante. Cuesta más el diablo.

MARGOT. — Cuando usted lo dice...

MATIAS. — Partidas cantan. Puedo mostrar lo que importa un sermón por predicador de nota (algunos hemos pagado): una novena a gran orquesta (algunas hemos pagado): el mes de María, echando a volar la bandadada... Entre derechos y adehalas menos que un día de recepción, y en esta casa (que a la del Nuncio de Toledo va pareciéndose) para ello son aptos todos los días.

MARGOT. — ¡Sí, señor! ¡Sí, señor!!

MATIAS. — Me puede que echen a barato mis advertencias. Los años no prestan para derroches. Llevamos tres de escasez, y por lo que a mí atañe, sin soltar la brida de la mano. La tierra no puede con tanto: los terrones le pesan en el alma menos que las gabelas. El rentero no va al corriente. ¿Cómo, si falla la cosecha? Pide trabajo el sobrancero: pide pan, que en su casa el legón desocupado es hambre. ¿Qué le dices, no teniendo otro amparo que el tuyo?

MARGOT. — ¡Pobre gente!

MATIAS. — Más fuerte es una casa, tanto más necesita administrarse. El gobierno y desgobierno determinan su auge y decadencia. ¡Pobre de la casa que pierde el pulso! Si no hay equilibrio no hay pulso, si no hay pulso no hay salud, si no hay salud...

*Vuelve José conduciendo la mesita con emparedados, licores, habanos y cigarrillos. Repuesto de su estupor:*

¿Es para mí?

JOSE. — ¡Hombre...! No, señor: no es para usted.

MATIAS. — ¿Y ha mucho que este ambigú portátil funciona?

MARGOT. — Don Matias, un emparedado y una copita.

MATIAS. — Para un emparedamiento en el estómago.

JOSE. — A usted que no le saquen de sus tisanas.

MATIAS. — Confitería, botillería, estanco... Haz números, hila delgado, economiza...

*Sale mordiéndose los puños.*

JOSE. — ¡Cualquiera le pide un favor!

MATIAS. — ¡¡Margarita!!

MARGOT. — ¡Don Matias!

MATIAS. — Un alfiler de cabeza negra en el suelo.

MARGOT. — Gracias.

MATIAS.

(Reprimiéndose).

— A Dios sean dadas.

(Sale).

JOSE. — Pensé que lo ibas a pagar tú.

MARGOT. — ¿Por un alfiler?

JOSE. — El origen de la fortuna de Rothschild, según el administrador. ¡Qué gran ministro de Hacienda haría!

MARGOT. — La señora y él salían siempre riendo.

JOSE. — Claro, un bastión: la tasa.

MARGOT. — Don Preciso, hoy más insustituible. La casa flotará mientras el timón lo lleve don Matias.

JOSE. — Manos únicas, eso sí.

MARGOT. — José, los señores.

(Salen a recibirlos).

AUREA. — (Fuera, a la camarista): Acuéstate, no te necesito.

(Y a José, que entra detrás del señor, desde el espejo).

Sin seltz.

LUIS MARIA. — (Prematuramente encanecido): Bastante seltz.

JOSE. — Los señores están servidos.

(Toma ella un adulla, un habano él. Prende el encendedor y se lo ofrece).

Puedes retirarte.

(Sale José).

Habla.

AUREA. — Sólo una palabra en honor a tu inteligencia: Adiós.

LUIS MARIA. — Estamos toda la noche conversando por cifras.

AUREA. — ¿Entendidos?

LUIS MARIA. — Dejémoslos de teurgias.

AUREA. — No te amo, dura verdad que me abrumba. Quiero desconocerla, no gustarla, defenderte contra ella.

vencerme a mi misma...

LUIS MARIA. — El batán de Sisifo.

AUREA. — Deseo dejarte. Ansío romper contigo. Anhelo desclavarme de ti y, entre los dos, levantar un muro con mi resolución de ser libre.

LUIS MARIA. — Original asunto: por el fin comienza.

AUREA. — He de expresarte mi agradecimiento.

LUIS MARIA. — ¡Enorme cosicosa: Agradecimiento Lo perdono.

AUREA. — La verdad...

LUIS MARIA. — Sin cloroformo... Prosigue, prosigue.

AUREA. — No concibo la mujer infiel que engaña y se engaña.

LUIS MARIA. — Otros salvan el escándalo sacrificando la moral. Alecciona a la mujer el marido. Y la bajeza se trueca en seducción: a ella la realza, a él le da tono.

LUIS MARIA. — ¡Soberbia pareja! Aunque el término no es psicológico, dos sinvergüenzas.

AUREA. — El amor que afronta la contingencia del desamor, no encanalla.

LUIS MARIA. — Más llaneza, «s'il vous plait».

AUREA. — Todo está dicho sin vulgares excusas ni golpes de teatro. Basta.

LUIS MARIA. — ¿Pero cómo se baja el telón no bien empezada la comedia, es lo que yo pregunto? ¿Cómo decir la representación no puede continuar porque la actriz predilecta sufre un prólogo de locura? Dime, tú que fuiste del teatro.

AUREA. — Nadie es insustituible.

LUIS MARIA. — Cansa todo, el bienestar, la dicha. el exceso de satisfacciones, y dan ganas de pasarlo peor a cambio de experimentar lo nuevo. Lo nuevo para Orfelia — ¿te acuerdas? — eran los ambientes de arrabal, y los de su agrado los más arrabaleros, e insistía en que se la llevara a las sentinas del vicio. A ti los interrogantes te atraen — mujer, curiosidad —, interrogantes que casi siempre defraudan. Tienes la obsesión del vértigo.

AUREA. — Esa mi dolencia, aire puro. El problema de revés o sea de cara, helo aquí: pertenecerte perteneciendo a otro, para mí tan ilegítimo como deberme a nadie debiéndome a ti. Un viceversa el conflicto. Fui tuya, soy suya.



LUIS MARIA. — ¿Materialmente? ¿Contra tu deber?

AUREA. — No todavía, mas te advierto que después de esta sincera confesión hay voluntad y no deber.

LUIS MARIA. — Cuando se tiene imaginación se peca con la fantasía y se corrige el pecado con la reflexión. Algo así dice un maestro. Goethe propugna por el papel y la pluma.

LUIS MARIA. — Arabesco, fruslería. ¡A lo práctico!

*(Alzase la mujer ofendida. Frena Luis María y se sienta).*

Comandita deshecha, pasaje de cuentas.

AUREA. — Todo es tuyo. Y la moneda con que te pago, que siendo la que más valor tiene, no circula, mía.

LUIS MARIA. — Desnudos nacemos. La criatura usufructúa lo que tiene. Entre amantes, las explicaciones crematísticas huelgan: la querida debe siempre. En cambio, entre marido y mujer, el alcanzado es el marido. Si en tu cabás cupiesen la mitad de mis ilusiones, te invitaría a partir. Pesa menos un cheque en blanco. De todos modos, ordena.

AUREA. — Me voy como vine. Gracias.

LUIS MARIA. — Tu crisis espiritual — pura psicología — no está reñida con la matemática. No me entra. Para mí el cero a la izquierda tiene un valor extraordinario: cuando más valor tiene. Años de matrimonio: tres. Un soplo, a través de Europa, el primero. Suma parcial: felicidad (la alarma del administrador no cuenta). El segundo, íntimo, recoleto — sierra y mar —, menos dispendios: buenos chicos. El tercero representa, económicamente, la suma de los anteriores. Dijérase establecimiento con acceso libre — cómicos, escritores, artistas de todo género — esta casa. Oprime don Matías el timbre de alarma. Vida docta, muelle, de «gentelmen». Yo, gentil señor, de nada te privo. Te obsequio con flores todas las mañanas. Empleo la tierra en sembrar atenciones para brindártelas, y las cosechadas nunca me satisfacen, nunca me parecen dignas de tí. Amor, la suma total. Descontenta tú...

AUREA. — Desenamorada toda yo.

LUIS MARIA. — ¡Ah!

*(Sirve whisky. Aurea toma otro «adulla». Vuelve Luis María a ofrecerle el encendedor).*

¿Desde cuándo? ¿De cuándo acá este proteísmo? ¿Acaso estriba en que yo voy para viejo? ¿A quién, pues, amas?

AUREA. — A César Fortún.

LUIS MARIA. — Nuestro huésped. Buen muchacho... indigno de mis celos.

AUREA. — Está ausente.

LUIS MARIA. — A pupilo graciosamente. No advertí que te cortejase. Tengo bastante con parecerle buen Mecenaz. A su arbitrio, mi ropa exterior o interior. Literato, zoilo, le trato con elegancia, lo más delicadamente que sé...

AUREA. — Cuidado... cuidado... Fortún no es un trasto.

LUIS MARIA. — ¿Y yo sí? ¿Se desprende eso de tu cuita? Demasiado explícita, demasiado humana. Coloca en mi lugar a un impulsivo. Esta persona no conoce a Zenón ni a Schopenhauer. Llega del teatro con su mujer y en la alcoba «modern style» intenta agasajarla. La mujer plantea descaradamente su problema. Viene a decir: Renuncio al honor que hunde caprichosamente en la deshonra (misterios del sexo). Su premisa: haya que optar por vivir mal, si viviendo bien no se vive...

AUREA. — Hay que optar por vivir.

LUIS MARIA. — ¿Qué hace el marido sin el freno de la cultura?

AUREA. — Si carece de cultura, no hay marido y no hay problema.

LUIS MARIA. — Gracias.

AUREA. — Mi cuita, fuerte, pero llena de lealtad.

LUIS MARIA. — Logaritmo psicológico. Me doy por no enterado.

AUREA. — Mal hecho, pese a mí, tu supremacía terminó, dando paso a otra preferencia igualmente absoluta. ¿Sabemos el funcionamiento de la máquina que a obrar nos impele? No lo sabemos y limitamos nuestra conducta a una resignación cobarde, primero que levantar la bandera de rebelión. El espíritu tiene sus exigencias y el sexo las suyas: de un modo o de otro, a la criatura le toca jugar limpio.

LUIS MARIA. — La salud espiritual se recobra si el paciente se lo propone. Los viajes son un gran medio terapéutico. Cerraremos la casa. París, Londres...

AUREA. — ¡No!

LUIS MARIA. — Un gran hospital de almas: Suiza.

AUREA. — ¡No, no!

LUIS MARIA. — Acepto toda iniciativa tuya.

AUREA. — Dejarte.

LUIS MARIA.

*(Alzase para tocar el timbre. A José:)*

— ¿El señorito César?

JOSE. — En la habitación.

LUIS MARIA. — ¿Mucho que llegó?

JOSE. — Ahora.

LUIS MARIA. — Que haga el favor de venir.

*(Sale José).*

AUREA. — ¿Para qué?

LUIS MARIA. — Para invitarle a un wiski. Para pedirle consejo.

AUREA. — No creo en su eficacia.

LUIS MARIA. — Yo sí.

AUREA. — Los consejos se dan para no tomarlos.

LUIS MARIA. — Menos los sabios de Fortún.

*(Un silencio, que da a entender mucho).*

CESAR. — ¿Se puede?

LUIS MARIA. — Adelante.

*(Entran César y José).*

¿Te molesté?

CESAR. — ¿Quieres calarte? Buenas noches.

AUREA. — Buenas noches.

CESAR. — Soy vuestro.

LUIS MARIA. —

*(A José:)*

Una silla. ¿Te hace?

CESAR. — ¿Whisky? Prefiero Jerez. A la hora de libar soy xenófobo.

*(Sirve el criado a César y a los señores y se retira).*

CESAR. — Decidme algo del estreno.

LUIS MARIA. — Te creía en el teatro. ¿No estuviste?

CESAR. — ¿Podía faltar habiendo de ocuparme de la obra?

LUIS MARIA. — Como inquieres...

CESAR. — Me interesa vuestro juicio.

LUIS MARIA. — Favorable.

AUREA. — Distinto del mío.

CESAR. — «Rara avis». Discrepáis y me admiro.

LUIS MARIA. — No siempre hemos de estar acordes.

CESAR. — ¿Cuándo no? ?

LUIS MARIA. — Esta noche. ¿Por ventura lo ignoras?

CESAR. — Te encuentro reticente. Requerí vuestra opinión: valiosa la de Aurea como actriz, autorizada, a fuer de profesional, la tuya. Cuanto a mí, la crónica en el cerebro. Tu interés por la obra decide.

LUIS MARIA. — No trato al autor.

CESAR. — Pierdes nada.



LUIS MARIA. — ¿Un cigarro?

*(De la caja lo toma César, un cigarrillo Aurea. Aquel oportuno y galante con el encendedor).*

AUREA. — Gracias.

CESAR. — Tú dirás.

LUIS MARIA. — Para que me aconsejes.

CESAR. — Telémaco carece de experiencia.

LUIS MARIA. — Tú no eres Telémaco.

CESAR. — ¿Y Mentor sí?

LUIS MARIA. — Dejemos a Fenelón.

CESAR. — Me considero hombre abstracto.

LUIS MARIA. — Presunción.

CESAR. — Estoy pez en ciencia infusa... Empieza.

LUIS MARIA. — Un ser feliz con su mujer: yo. Toco todos los resortes para que ella lo sea. Cuando pulso el último de ellos en mi afán de tenerla contenta, me ataja como Mirabeau a su contrincante Barnave: «Te falta la divinidad. Un idolo derribado. ¿Qué hacer?»

CESAR. — Infundirte en la humanidad como hombre.

LUIS MARIA. — No concibo la misión de un exdiós.

CESAR. — La importancia de un idolo se deduce del culto en su derredor. La indiferencia origina las telarañas.

LUIS MARIA. — Estoy como el gobierno que a disminuir resiste. Aurea supone para mí más que cartera de ministro. Espero al que vendrá, cómo dice el Precursor, y como en política se aguarda al sustituto.

CESAR. — Para que se produzcan las presentaciones y los panegíricos.

LUIS MARIA. — Alabo el buen gusto de mi sucesor.

CESAR. — ¿Soy yo, maestro?

LUIS MARIA. — Tú mismo.

CESAR. — Aurea o toda de oro, que hable.

AUREA. — Rebajas la cuestión y das a entender que estamos en tu casa.

LUIS MARIA. — No se ha visto a un juez utilizar la guitarra u otro instrumento musical, en vez de la palabra, para notificarle a un reo la pena de muerte. ¿Tú qué dices?

CESAR. — Que entra por mucho el agradecimiento de hablar como corresponde: que no saldré a campo traviesa de tu casa: que no tengo ningún parecido con Calibán y menos con Judas.

AUREA. — Se nace y renace... ahora sin tu magia: se nace y renace a través de infinitos avatares: se nace y renace de distinto modo cada vez que se vive. Las estaciones inadvertidas del camino no se dejan contar. Se ha gastado tu magia y en su lugar sólo hay indiferencia. Yo misma no puedo soportar tanta indiferencia. He perdido la memoria de ti. Si en tu vida se hubiera operado el mismo cambio, todo sería común, y común el lecho; pero borrada tu imagen, como se borra lo escrito en una pizarra, me causas la impresión de un desconocido.

CESAR. — Sé como seas, enseña un maestro.

AUREA. — Dejemos que el viento barra estas cenizas.

CESAR. — Vida y muerte, actividades incesantes.

LUIS MARIA. — Fijo, inmutable, las patillas de mi criado. Me las dejaré yo, por si he de servirle. Los es-

píritus retardatarios nos exponemos a sorpresas. Estamos en un linde tabú. Estamos haciendo literatura. Soy menos que pozo de ciencia, apenas ignorante: «porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia, y quien añade ciencia, añade dolor. Pero vislumbro la solución de este jeroglífico.

CESAR. — ¿Jeroglífico?... Las cosas que tienden el revés por cara son tan convincentes como la verdad.

LUIS MARIA. — Sofisma.

CESAR. — Los pasos del hombre tras la verdad llevan a decir que no se ha movido de su sitio.

LUIS MARIA. — La verdad estuvo delante de Pilatos, y ahora se ha trasladado aquí.

CESAR. — La ley de cada uno conduce al despotismo. Hay esclavitud voluntaria, forma suprema de la libertad: cadenas de rosas. Y autarquía del matrimonio: cadenas. En tal caso, igual da marido que amo. Hasta la Iglesia distingue la compañera y la esclava: diferencia entre el valedor y los burgueses de la mujer, que como una propiedad más agregada a sus propiedades la miran. Las mentalidades superiores, prescritos unos derechos asaz convencionales, dejan que la mujer se las gobierne. Cómo prescriben estos derechos, tú lo sabes. El amor está sobre las leyes escritas. El amor impone su ley. Justo es que Aurea, sucesora de Aurea, disponga libremente de su corazón y que en él coloque a quien crea que lo merece.

LUIS MARIA. — ¿A ti? ¡Pobre peana! ¡Pobre corazón! Salto atrás, reaccionario a todas luces.

CESAR. — La reacción es atajo hacia la libertad.

LUIS MARIA. — Desconfío de la calle de en medio: la cruzo en coche.

CESAR. — Soy peatón.

LUIS MARIA. — ¿El o yo?

AUREA. — El.

*(Saca Luis Maria el talonario de cheques y corta el firmado en blanco. Célere.*

AUREA. — ¡No! ¡¡No!!

LUIS MARIA. — ¿Para qué darle vueltas a la cuestión? Es el yerro de Sócrates. Comparto la teoría de Beaumarchais: reír de todo antes que echarse a llorar... Mi regalo interesado.

CESAR. — Bello gesto.

LUIS MARIA. — Ciencia aplicada.

CESAR. —

AUREA. —

*(Guardándose el cheque).*

*(Atónita, con todas sus potencias).*

¡¡Fortún!!

LUIS MARIA. —

*(En dirección al mirador).*

La que a tu Fortún le faltaba, estúpida.

*(Aurea, rauda, va a la mesita de luz, toma del cajón la pistola y volviéndola contra sí dispara. Acude José a levantarla del suelo).*

¡Uí! ¡Cuánto teatro en mi casa!...

*Así termina un asunto escabroso*





habían sido expulsadas grandes masas de judíos a pesar de sus catorce siglos de presencia española a cuestas.

Como broche damos a continuación (entresacados del aludido estudio de Buckle) algunos textos relacionados con el epilogo de este drama:

«Los efectos que produjo la expulsión en la prosperidad de España pueden demostrarse en pocas palabras. De todas las comarcas del país desaparecieron de repente numerosas familias de industrioses agricultores y artifices expertos. Los mejores sistemas de labranza entonces conocidos practicábanse por los moriscos, que en cultivar y regar las tierras eran infatigables. Consagrábanse al cultivo del arroz, algodón y azúcar y a la manufactura de seda y paño» (Buckle).

«Lo más triste según los españoles de aquel tiempo, era tener que ocuparse en cualquier trabajo productivo; el desprecio hacia toda clase de industria útil fué general» (Campanones).

«Pudo, pues, decirse con razón, de nuestra patria, que de Arabia Feliz se había convertido en Arabia Desierta, y de Valencia en particular, que el bello jardín de España se había convertido en páramo seco y deslucido. Dejóse en breve sentir en todas partes el azote del hambre; y al alegre bullicio de las poblaciones sucedió el melancólico silencio de los despoblados, y al frecuente cruzar de los labradores y trajinantes por los caminos siguió el peligroso encuentro de los salteadores que los infestaban, abrigándose en las ruinas de los pueblos desiertos» (Janer).

En 1492, en 1609, en 1839, y en tantas y tantas ocasiones, el despotismo teocrático español se hace la ilusión de que expulsa fuera de sus fronteras una escoria de extráneos o bastardos. La verdad es que expulsa a los mejores de los hijos de España, con lo que malogra las más fecundas energías del país y derrama la más rica de su sangre.

JOSE PEIRATS

Toulouse, 22 de mayo de 1961.

cristiano, con jurisdicción, ayuntamiento propio y administración de impuestos. Las diferentes juderías mantenían relaciones reciprocas, tenían sus comunes celebradas y sus centros espirituales, religiosos. Formaban un tejido cultural que abarcaba toda Iberia. Ahora bien, en la judería todo el poder estaba concentrado en el rabino, que era el elemento tradicional estacionario. El rabino era el juez de la grey judaica, el que dictaba los impuestos, el que velaba por la moral, el que censuraba los libros, el educador y maestro de la juventud. Era, pues, una doble cárcel para el judío que en estas condiciones vivía doblemente encarcelado. Este doble aislamiento le incapacitaba para asimilarse el mundo exterior y para ser asimilado (Valeriu Marcu: «La expulsión de los judíos de España»).

Para mayor abundamiento, de esta forma habitual de ser y de vivir, en parte consentida, se desprendían complicaciones que militaban, atenuadas con falsos optimismos transitorios, en su propia destrucción. Los reyes de Castilla y Aragón concedían aquellas autonomías por razones de discriminación religiosa y tributarias. «Durante siglos —confirma Valeriu Marcu— los ingresos más seguros de la corona procedían de las alhamas.» Ya hemos visto que la comunidad se hacía responsable hasta de los contribuyentes morosos y de los consiguientes gravámenes.

Veamos ahora otro aspecto. Como quiera que las comunidades se convertían en prestamistas de la corona, se convertían ipso facto en acreedores del rey. Este, agobiado por las deudas, caía en una especie de dependencia. Aquellas explotaban la situación para obtener toda suerte de garantías políticas. Estas operaciones financieras —obvio es señalarlo— eran ampliadas al plano particular o vecinal con criterio francamente usurario. Lo que añadido a la influencia política y financiera judaica cerca de la Corte formaba la nube de las futuras tempestades. Ya se dijo que los judíos llegaban al extremo imprudente, impopular, de convertirse en recaudadores de impuestos entre los impondibles cristianos. Estos impuestos eran a veces empeñados por la corona. Es decir: que cuando el rey no podía o no quería pagar su deuda a los judíos autorizaba a éstos a cobrarse en los contribuyentes cristianos. Lo que hacía estallar la nube popular antisemita. Los cobradores de impuestos siempre fueron impopulares, aun acompañados por los corchetes. Imaginemos el furor popular al verse expoliados por particulares a quienes detestaban por herejes y por usureros.

Para los judíos los periodos de seguridad y de poderío eran aparentes. Valeriu Marcu razona esto meridianamente: «Mas siempre que el poder central les retiraba por un momento su protección (...) todo este poder hebreo se desmem-



braba; entonces, la autonomía, la riqueza y la vida quedaban reducidas a polvo».

Estas alternativas de prepotencia y de ruina jalonan la historia de catorce siglos de presencia judía en España. No se daban cuenta de que la tierra se abría a sus pies a medida que la unidad nacional se abría camino; y si se daban cuenta eran incapaces de arbitrar medidas para precaverse contra la inminente caída. La empresa, dado el pasado lastre tradicional, era tal vez superior a sus fuerzas. Había que romper a tiempo el grillete de la tradición y del aislamiento. Había que somover la roca aplastante de la religión más antigua de la tierra. No tener tradición, como los pueblos americanos, tiene sus ventajas y sus inconvenientes; tenerla diluida en la sangre y en el tuétano de los huesos es a veces la mayor calamidad. Esta tradición enraizada, petrificada por la apisonadora de la religión, hizo del judío corriente un ente «diferente», irreductible y antipático. Algunos autores han resumido en el factor «diferencia» todo el drama español y su terrible desenlace. Citemos, para terminar, estas frases de Salvador de Madariaga: «A fines del siglo XIV el elemento cristiano había adquirido una tal preponderancia que no podía tolerar por más tiempo la diferencia... Guardaron intacto (los judíos) a través de los siglos un vigoroso espíritu particular. El cuerpo político de la nación española (...) no pudo asimilar a los judíos».

Los masacaba y no los tragaba. Y acabó por escupirlos.

sus bienes, exención de prestación de servicio militar, liberación de los cautivos.

Estas capitulaciones, a pesar de todas las promesas, fueron incumplidas. («Yo la reina y yo el rey aseguramos, prometemos y juramos por nuestra Santa Fe y sobre nuestra palabra real que cumpliremos estrictamente cada una de las condiciones de la capitulación, ahora y más tarde, hoy y siempre, y que las haremos cumplir fielmente a cada uno de nuestros súbditos, so pena de muerte.»)

Pero «Torquemada se dio cuenta de que si los moros violaban el tratado los monarcas quedarían libres de la ignominia de su firma. Había, pues, que incitar a los vencidos, por todos los medios, a la revuelta» (Valeriu Marcu: «La expulsión de los judíos de España»). Cisneros provocó la primera sublevación morisca y tras la victoria de las tropas reales se extremaron más las medidas de intolerancia. La segunda gran insurrección morisca se produjo en 1568, bajo Felipe II, y se prolongó hasta 1571. Los moriscos fueron llevados a rebelarse impulsados por la desesperación. Habían sido bautizados por la fuerza y, sin embargo, eran acusados de infidelidad religiosa por el ojo tenebroso de la Inquisición. Se les obligaba a hablar castellano hasta en la intimidad de sus hogares, no podían vestir a su manera, las mujeres debían ir sin velo y, para colmo de desdichas, se les prohibía bañarse en los baños públicos (que fueron demolidos) y en privado.

A pesar de la terrible represión no hubo entonces expulsión por oponerse a ello Felipe II. Pero los vencidos fueron esparcidos por varias provincias, expropiados de sus tierras y confiscados de sus bienes.

El epilogo de este drama se sitúa en 1609, bajo Felipe III. El clero había asumido un fuerte poderío en palacio. Los obispos empezaron a intrigar y a influir en el rey con versiones fantásticas. En sus memoriales se hablaba de inteligencia de los moriscos con los turcos; de que todos los desastres, así naturales como militares (la destrucción de la Escudra Invenible incluso), debíanse al enojo de la divinidad, indignada por la presencia mahometana en el seno de la España cristiana. Según Buckle («Historia de la civilización en España», Londres 1861) el obispo de Valencia aconsejaba al monarca la expulsión de todos los moriscos mayores de siete años, exceptuando a los aptos para remar en las galeras o trabajar en las minas de América. Otros obispos, como el de Toledo, se oponían a toda medida de clemencia y sugerían que fuesen pasados a cuchillo los hombres, las mujeres y los niños musulmanes, para evitar así todo posible contagio con la grey de sus feligreses.

Finalmente, a propuesta del ministro Lerma, dispuso el rey: «La resolución es grande; podéis ejecutarla». Cerca de un millón de los habitantes más industrioses del país fueron expulsados de la misma manera que un siglo antes



abrazando por oposición el credo contrario, ¿por qué no se-  
rían, una vez más, campeones de la cruz contra la media  
luna? La tenacidad de estos guerrilleros es tan patente que  
el mismo Altamira, tan condescendiente a veces con los  
mitos nacionales, tiene que reconocer que «Los vascos es-  
tuvieron en continua sublevación desde el siglo V al VII».

Por lo que a Cataluña se refiere los iniciadores de la  
Reconquista fueron los ejércitos invasores de Carlomagno,  
que ya habían sido rechazados de las puertas de Zaragoza  
y batidos en Roncesvalles. Carlomagno pretendía restaurar  
el viejo imperio romano bajo el signo de la fe católica.

Del falseamiento de la verdadera historia nos habla  
largo y tendido el nada sospechoso canónigo Cardó («His-  
toire spirituelle des Espagnes», pp. 93-94): «Se suele pre-  
sentar la Reconquista, desde su principio, como una em-  
presa religiosa y patriótica con preponderancia del primer  
elemento. Sin duda alguna este primer elemento religioso  
— la lucha entre la cruz y la media luna — estaba com-  
prendido, pero en proporción mucho más pequeña de lo  
pretendido por la retórica oficial... Parece hoy establecido  
que al principio de la Reconquista tendiase más a la bue-  
na vecindad, aun religiosa, con los musulmanes, que a la  
guerra santa para su exterminio».

Cardó insiste en la comprobada libertad de cultos que  
primaba entonces para mozárabes y mudéjares y en los ca-  
samientos mixtos. El espíritu de cruzada, afirma, fué pro-  
movido por la Iglesia Romana (España mantenía en mate-  
ria de culto una amplia autonomía con respecto a Roma),  
muy preocupada entonces por el cerco mahometano que la  
agobiaba desde Siria, Egipto y España. De ahí las cruzadas  
a Oriente iniciadas por el papado desde fines del siglo XI.  
En España la guerra tiene ya forma de cruzada cuando la  
batalla de las Navas de Tolosa (1212). Se enfrentaron en-  
tonces una coalición europea con las olas de musulmanes  
integristas, extremadamente fanáticos en religión. Pero el  
problema tiene más hondura si se tiene en cuenta la in-  
fluencia político-religiosa de Francia a través de Alfonso VI  
de Castilla, que casó con Constanza de Borgoña. Empezó así  
la conquista de España (so pretexto de la Reconquista) por  
los famosos frailes de Cluny (cuna de papas y cardenales)  
que consiguieron someter la Iglesia española a la férula  
vaticana.

Añade el canónigo Cardó (pp. 95-96): «La participación  
de los barones franceses... a la Reconquista (tema poco es-  
tudiado o poco enseñado en España) fué ciertamente una  
de las causas más decisivas de la preponderancia del ele-  
mento religioso en esta empresa».

Volvamos al principio de este análisis. Al rendirse el  
último baluarte granadino el 2 de enero de 1492, se hizo  
según capitulaciones que establecían las siguientes garan-  
tías para los vencidos: seguridad para personas y bienes,  
libertad religiosa y para regirse según sus propias leyes,  
libertad para emigrar o permanecer en España en goce de

## LA EXPULSION DE LOS MORISCOS

A mañana del 2 de enero de 1492 las tropas de los  
Reyes Católicos ocupaban el último baluarte gra-  
nadino. Según la historia oficial, había terminado  
la guerra de Reconquista empezada en 711. Los  
mahometanos habían conquistado a España en sie-  
te años. Los cristianos tardaron en reconquistarla 781  
años. Lo primero que salta a la vista es que una guerra de  
cerca de ocho siglos no puede ser de Reconquista, sino una  
guerra simplemente. En cerca de ocho siglos el invasor ha  
quedado completamente diluido o, si se prefiere, asimilado  
por el invadido. Los antiguos invasores pueden exhibir sus  
títulos de españolidad apoyándose en una serie de genera-  
ciones que nacieron y murieron en tierra española. Actual-  
mente no se necesita tanto para adquirir legal o natural-  
mente una nacionalidad. Los invasores mahometanos de 711  
habían renunciado voluntariamente a la nacionalidad ará-  
biga en 756 en que el Emirato de España se declaró inde-  
pendiente de Damasco. Esta resolución había sido ratifica-  
da en 912 al convertirse el Emirato independiente en Cali-  
fato de Córdoba.

La inmensa mayoría de la población indígena español-  
la se había sometido al invasor mediante garantías subs-  
tanciales. Los mahometanos cumplieron sus promesas por  
las que se comprometían a respetar la religión, el idioma,  
leyes y autoridades de los vencidos con tal de que recono-  
cieran éstos la suprema autoridad del califa. Por otra par-  
te la conversión al mahometismo hacía libres a los escla-  
vos y eximia de tributos a los ciudadanos libres. Como ve-  
remos más adelante no cumplieron los cristianos sus capi-  
tulaciones cuando la rendición de Granada.

Parece históricamente comprobado que los españoles son  
propicios a las invasiones de los pueblos semitas. Aquellos  
habían vivido trescientos años bajo el despotismo teocráti-  
co godo. Los invasores árabes fueron acogidos como libera-  
dores. Va de suyo que los invasores cruzaron el Estrecho  
solicitados por el partido godo de la oposición (el de Witiza).

El resto fué obra de la mezcla de sangre, y del ambien-  
te de tolerancia que hizo posible la coexistencia pacífica de  
tres religiones importantes: la cristiana, la mosaica y la  
mahometana.

Además, los invitados no eran meros receptores del pa-  
trimonio cultural de los invasores sino asociados mediante



la aportación de su vieja cultura hispanorromana. Cada día aparecen nuevas pruebas de esta afirmación. Hoy los árabes no son los creadores de la canalización de nuestras vegas sino los perfeccionadores de esta canalización, papel más modesto pero sin mengua de mérito. Sabemos también ahora que no les debemos la introducción del arco de herradura. El viejo tópic de la colonización cultural árabe de España deja paso a la fusión de dos culturas. No se puede echar en olvido la vieja cultura hispanorromana, so pretexto de la incultura de los dominadores godos. Estos mismos se civilizaron en España. El hecho que hoy se discute sobre la paternidad árabe o hispana de tal o cual aspecto cultural o científico de la España musulmana demuestra el grado de fusión de los aportes cristianos, judíos y musulmanes.

La idea de Reconquista supone dos campos demográficos y militares perfectamente delimitados en lucha sin tregua a través de ocho siglos. Sin embargo, la llamada campaña de Reconquista está repleta de treguas dilatadísimas, salpicada de alianzas de toda suerte, de enlaces y mezclas. No se conciben guerras largas sin treguas. Es caprichoso el concepto de una guerra de treinta, cien años u ocho siglos. Si se confundieron las huestes de Tarik con la población civil autóctona, con una personalidad cultural, ¿cómo no iban a ser absorbidos los ciudadanos de los reinos cristianos que se fueron creando después, partiendo demográfica, cultural y militarmente de casi cero?

La alianza por el matrimonio presenta un doble aspecto muy interesante. No se trata ya de que moros y cristianos, de toda condición social, debieron unirse, por ley de contaste, con mujer u hombre de raza opuesta. La verdad es que no había mujer de raza contraria. Los invasores mahometanos no trajeron mujeres consigo, pues no las trae nunca un ejército de conquista. Como no trajeron mujeres consiguió los españoles conquistadores de América, que por esta razón dejaron de ser españoles para convertirse en mejicanos, colombianos, argentinos, chilenos, en fin, en americanos indiscutibles a la hora de la independencia de América (1810), a los 400 años solamente de la «reconquista» americana. Pues bien, por sí sola esta consideración supone que los hijos de los invasores musulmanes habidos con mujer española eran mitad españoles en el momento de nacer. Otro detalle a tener en cuenta es la proporción entre ocupantes y ocupados. Como quiera que los primeros representaban una cantidad muchas veces inferior su espantosa multitud resulta tanto más favorecida con el tiempo. Multipliquemos ahora este proceso de españolidad por 781 años, o si se prefiere por ocho siglos, o si se quiere aún por 31 generaciones que vió nacer la guerra de Reconquista y tendremos que la sangre mora casi ha desaparecido pese a las transustancias almoravides, almohades, etc. Hay todavía a tener en cuenta el origen africano u oriental de los primeros pobladores de Iberia, factor que milita en pro de dos

pueblos pertenecientes al mismo grupo sanguíneo. Razón de más si los invasores musulmanes que dimos en llamar árabes procedían en su mayor parte del Mogreb, cuna de nuestros primeros padres de la prehistoria.

Examinemos ahora el otro lado del problema. Según la historia oficial los «reconquistadores» empezaron siendo unos grupos de nobles y soldados visigodos huídos a las montañas del Norte y ayudados por los naturales de aquellas regiones. Digamos primero que estos grupos de visigodos eran menos españoles que los súbditos de Boabdil el Chico. Los godos habían invadido España hacia 300 años, con la desventaja de que procedían de las selvas germánicas. Los súbditos de Boabdil llevaban ocho siglos en España y procedían de África, es decir: eran primos hermanos de los españoles, ya en el momento de la invasión. Y sin embargo se sigue hablando de la sangre goda como del patrón oro de nuestra pureza racial. Nada prueba tampoco que aquellos grupos visigodos montañeses tuviesen el sentimiento o mandato de los españoles para la empresa de la Reconquista. Lo más seguro es que no se propusieran tal cosa, sino a lo sumo defenderse en un lugar natural inexpugnable.

Lo más digno de nuestra atención son esos naturales cantábricos o pirenaicos de quienes se afirma que ayudaron al legendario Pelayo en su hercúleo empeño. Es tradicional el feroz sentimiento de independencia de los núcleos del norte de España. Las legiones vencedoras de independencia del emperador Augusto fueron tenidas en jaque continuamente por vascones, cantábricos y astures. Nuestros irreducibles norteños no pudieron soportar nunca la servidumbre. Vencidos, se envenenaban, o formando dos grupos armados se acometían hasta la muerte. Eurico tuvo gran pena en reducir a los primitivos bárbaros germanos (los vándalos, suavos y alanos) unidos en frente único con nuestros norteños. Los trescientos años de dominación visigótica se hallan matizados con las insurrecciones de estos raciales. Su resistencia admitía toda clase de apoyos tácticos. Contra el visigodo de religión arriana, vascones, astures y cántabros mostrabanse fervientes católicos. La monarquía visigoda es una retahíla de conspiraciones sangrientas a cuyo acecho se hallan los norteños para hablarnos de su corajuda rebeldía. Leovigildo, Recesvinto, Wamba y demás reyevuelos godos sudaron mares de tinta para reprimir las constantes insurrecciones cantábricas.

La pretendida guerra de Reconquista es un abuso histórico de confianza. Más verosímil parece la hipótesis siguiente: vascos, astures y cántabros, eternos francotiradores o aguafiestas de todos los invasores, aprovecharían la «pelayada» para levantarse una vez más contra el invasor de turno por los fueros de su independencia amenazada. El alma de la resistencia la representarían esos tenaces guerrilleros atrincherados en los riscos de los Pirineos y en los Picos de Europa. Si hostilizaron a todos los ocupantes



# La comida del hombre

(Continuación)

por Costa ISCAR

Las costumbres alimenticias, el hambre y la sed y la dura necesidad de ingerir no distinguen entre alimentos sanos y alimentos impuros. Se come de todo en esta tierra risueña y terrible; es un devorar incesante de conaunios agradables para unos y repugnantes para otros. Se come lo crudo y lo cocido, los insectos y las plantas, los animales sangrantes y los pútridos; se bebe sangre, se comen entranas corrompidas en maceración; se sorben huevos descompuestos y hasta se pueden tragar excrementos cuando la hambruna enseña su rostro demacrado. Describir todas las fantasías culinarias del sivaritismo y toda la inescrupulosidad del hambre negra resulta pintoresco en el primer caso de la gula, y siniestro, trágico y escalofriante en el individuo o en los grupos famélicos.

Los tragones de succulencias, para ocultar su vicio y los místicos frugívoros para hacer eficaz su doctrina, coinciden en estas sentencias:

«El exceso de comida y la gula producen más enfermos que la falta de alimentos y hasta el hambre».

«El hombre se cava su fosa con sus dientes.»

La duda es el principio del conocimiento positivo, aunque no precisamente de la sabiduría y, ante el desfile de todas las criaturas famélicas, en las que clavarón sus colmillos la miseria social y fisiológica, exclama indignada: ¡Pavorosa civilización, en que unos por exceso y otros por carencia de manducatoria reclaman la curación de su carne apestanda en el desequilibrio biológico!

¡Ah, los caldos substanciosos, los guisotes bien condimentados, las carnes aderezadas en el arte culinario! ¡Ah, el perfumado vino, en sus diversos fermentos de colorida ambrosia y los finos licores de quinta esencia! ¡Ah, las frutas esplendentes, la repostería decorativa, de dulzuras inefables, y las infusiones excitantes!... ¡Cuántas hambres podrían aplacarse con estas delicias!... Y, en todo caso, los tocados por la gracia del hartazgo, después de haber pasado por las flatulencias del ayuno forzado, podrían exclamar satisfechos: «De este mundo llevarás panza llena y nada más».

Las cátedras vivas de la naturaleza imparten doctrinas. Si el hombre se hubiese tumbado «a la bartola», ya hubiera sido aniquilado por esa «amantisima madre», a la que tiene que violar para que produzca lo que a él le agrada. En las llamadas civilizaciones, los gustos se los dan los moralistas y los poseedores de riquezas... Los disgustos son el patrimonio de los que trabajan y sufren esperando las compensaciones de ultratumba...

Si no se ven los dos lados de la naturaleza, se permanece en estado subconsciente... Hay que ver lo agradable y lo deleznable, lo productivo y lo aniquilante, lo placentero y lo doloroso, lo jocundo y lo nefasto o terrorífico.

El ayuno es un invento terapéutico del hombre. Por regla general, todo animal es voraz. Las aves no hacen más que tragar y excretar; los rumiantes comen por partida doble. El ayuno es bueno para los que tienen asegurado lo necesario y lo superfluo. La naturaleza del hombre lo inclina casi siempre al borde de los excesos. Es glotón, bebedor y además rijo. Quienes se empeñen en otro modelo se colocan en las nubes del ensueño ideal. Así se afirman las «bellas mentiras», en las que el sujeto es a la vez engañado y engañador.

Si el cuerpo debe orientarse hacia la luz y necesita de ella para vivificarse, es absurdo que haya tantas sentinas en la civilización. Sólo la piqueta de una verdadera revolución justiciera sería capaz de internarse hasta los agujeros infectos en que parece el hombre desgraciado y sacarlo para recrearlo al sol y a los vientos salubres que aún pueden correr en este mundo cada día más intoxicado.

El sol y el aire no penetran libremente en las aglomeraciones ciudadanas, en las que toda clase de lacras ulceran la convivencia... ¡Sociedad corrompida y corruptora!

Practicar el nudismo es una reacción saludable y es asimismo lamentable espectáculo colectivo. Es rara la pristina belleza sin afeites y toda la desnudez civilizada, en general, resulta un desfile de cuadros de anatomía patológica en sus diversas deformaciones... Es mejor que los cuerpos sigan encerrados en los adeshios del vestido y en las extravagancias de la moda incómoda. Tan degenerado es un sexo como el otro y, por pudicia de ambos y para evitar escenas grotescas, es prudente que se desnuden y bañen en la soledad y en silencio.

El aire matutino, el refrigerio de las madrugadas, son sanos y reconfortan... Hay mucha gente que madruga sin haber descansado de sus fatigas. El que vive unido al salario tuerce el gesto en sus madrugones y se sobresalta por el recomenzar de tareas ingratas, rutinarias y agobiantes. En el zurrón de su alimento lleva siempre un trozo de amargo pesimismo, porque sabe que todos los días son iguales, de explotación y de miseria. En cambio, los poetas que pueden madrugar para respirar aire menos viciado, llevan su atadillo hacia el campo con su buena ración de optimismo, porque saben que no se unen como bueyes, sino que pueden cantar en rauda vuelo, como pájaros que detestan la jaula.

Si el desnudo de ambos sexos puede ser horripilante, el vestido, con todas sus variaciones ridículas resulta sólo jocoso. ¡Lo natural debe ser enmascarado! En el escenario del mundo, todos son papeles aprendidos y na-



da es espontáneo. El cuello duro o blando, la infaltable corbata, que es el dogal y el símbolo de la ciudadanía; el cinturón y los tirantes para las bragas; los anillos y el reloj de pulsera, marcan la barbarie primitiva, el carácter infantil de los adultos y su estupidez imitativa. El empaque sigue siendo opresivo. La mujer se ha librado de muchos suplicios del atavío antiguo y, en general, es una constante excitación sexual que todos los transeúntes conocen. La mujer pintada, que usa pantalón apretado o vestidos ceñidos que dejan suponer más de lo que enseñan, la que nalguea por las calles con su escote provocativo, ésa es la hembra con que se aparea el macho siempre en celo para dar a la vida un sinfín de seres degenerados.

Los apetitos humanos concuerdan con la civilización; si ésta no puede prescindir de los refinamientos del paladar ni de las drogas de laboratorio, ello se ha hecho necesario en la existencia artificial que se creó el hombre. Refinamientos gastronómicos, los estimulantes y los estupefacientes, son productos del ingenio que se aleja del todo de la naturaleza. Y al acecho las enfermedades latentes y las explosivas que multiplican médicos y hospitales. Todos los placeres que el hombre busca artificialmente son fugas de su permanente dualismo. De un lado busca a dios, cree en él y quiere identificarse con su perfección. Por oposición le tienta el diablo y le subyuga con el esplendor de los dulces pecados... Mientras el hombre no llegue a ser capaz de curarse de estos engendros fantásticos, no llegará tampoco a comprender la verdad que le conviene dentro de su especie.

¿Dónde está la salud adámica? ¡Lindo es jugar con los mitos de los libreros «sagrados»! La biblia, inspiradora de verdades eternas, sólo es un cúmulo de mentiras plagiadas de otros textos no menos sagrados. En sus propias células, en el laberinto de su energía cósmica están los impulsos del guerrero, las enajenaciones del apóstol y las apetencias del hombre vulgar. Es dudoso que todas esas fuerzas disgregantes puedan converger en la racionalidad efectiva para llegar a una unión fraterna... Seguirán las sugerencias de las jerarquías «espirituales» para ocultar deliberadamente la desigualdad económica de las clases y subclases en que se malogra la convivencia razonable en la que todos cooperen para el bien general biológico, fuera de todas las doctrinas.

En la alimentación, como en todas las otras satisfacciones hay que usar de todo sin abusar de nada. Cada uno tiene que reconocer su fuerza de resistencia para darse la medida adecuada contra las exageraciones. No debe ingerirse todo comestible o bebible si no hay capacidad para digerir y expeler. «Soy el dueño y no el esclavo de mis gustos»... Conducta individual y difícil de ser llevada a la práctica de cada día.

El hombre es astuto y su naturaleza se ha hecho muy adaptable a cualquier circunstancia. Sin profundizar las causas de su carnivorismo, es probable que éste haya sido necesidad y deleite, aunque los teóricos del naturismo afirmen que su organismo es frugívoro. Lo cierto es que ahora, las grandes urbes y aun las medianas y pequeñas no podrían alimentarse todos los días sin las muertes de los animales dedicados a la matanza. Mata-deros y matarifes son una repugnante realidad que no

puede ser substituida por el vegetarianismo. No obstante existen otras realidades más vituperables, y son las organizaciones de la sociedad autoritaria con sus explotaciones, sus miserias en contraste con el derroche de los pudientes y sus muertes prematuras, ocasionadas por las hecatombes de la civilización. Y esta situación es combatida no sólo por los naturistas, que conocen las causas sociales de la infelicidad, sino también por los omnívoros que comen lo que pueden en la penuria fraguada universalmente.

La medicina empírica conoce más al hombre por lo que expelle que por lo que ingiere y asimila. Y el hombre sigue viviendo con estreñimiento, con dispepsia y con las toxinas que su resistencia orgánica es capaz de aguantar. Los modos de juzgar al hombre en su mundo no sólo dependen de la ingestión y de la digestión, sino en el razonamiento de ver, estimar y comprender las realidades y no las abstracciones de la imaginación. Dividir al hombre en cuerpo y alma, o espíritu, es propio de la mística y de la poesía divina y panteísta. Todo es consubstancial y congénito y se manifiesta en fuerzas de la materia cambiante en sus formas.

Ya sea el hombre devorador de cadáveres, o bien frugívoro y vegetariano y comedor de flores naturales, su anatomía orgánica intestinal es una cloaca sucia, que encrepa los sentidos.

Las tradiciones comprometidas con los privilegios y la sabiduría de pacotilla que imparten las universidades del Estado, remachan las cadenas de la esclavitud social... Y el hombre sigue paseando su estampa de cretino sobre la tierra que lo engendró en su barro. No es con la fuerza muscular del hipopótamo, o del búfalo, ni con la hercúlea del gorila como podrá el humano lograr su crecimiento, o su última frustración. Sólo la razón podrá llevarlo a la cumbre de su bienestar social.

¿Cómo vivía y se alimentaba el hombre primitivo?... Indicios paleontológicos, conjeturas de investigadores y exploradores, todo es sospechoso de parcialidad o error. Al hombre actual poco le interesa la existencia de sus lejanos antepasados, ni aun los de hace un siglo. No obstante todos los datos en controversia, parece incontestable que este animalucho tan extravagante y maligno, hecho a semejanza de dios (?), ha pasado por todas las etapas alimenticias. Comedor de raíces, plantas y frutas silvestres; cazador, pescador, agricultor, domesticador de animales, descubridor del fuego y cocinero, llegó al omnivorismo refinado, cuyo origen ya estaba en su edad primera, por necesidad mezclada con deleite. Afirmar que, por repugnancia instintiva cocinó y aliñó las carnes, no deja de ser una conjetura. Aun existen tribus que beben la sangre de sus enemigos y otras antropófagas. El civilizado, en casos de hambre también puede llegar a la antropofagia. Lo que interesa en nuestros días es cómo aplacar el hambre y el apetito de los 2.500 millones de habitantes terráqueos. Gracias al naturismo crudívoro, a las combinaciones culinarias y a la extensa industria alimenticia, que transforma y conserva las materias primas, todo en múltiples combinaciones, se puede disponer de un arsenal nutricional que se comercializa y no se distribuye equitativamente para la nutrición del género humano. Se producen alimentos para la ganancia comercial y no para satisfacer las perentorias necesidades... ¡No hay comida sino para los



que tienen solvencia económica!... El hambre está aullando en algunos ámbitos del planeta. Entretenerse en divagaciones idílicas de frugivorismo social es lo mismo que mirar al cielo para ver si cae el maná bíblico, o para que la vuelta de Cristo reproduzca el milagro del pan y de los peces.

Para conservar la salud relativa no sólo hay que cuidar la manducatoria, sino todo el complejo universal de la convivencia pacífica. Para ello estorban los moralistas, los sacerdotes, los guerreros, los mercachifles, todos los parásitos sociales que sangran, debilitan y envilecen al hombre. Cuando éste sea capaz de gritar ¡basta! a toda esa plaga esquilmadora y la destruya o la adapte a una transfiguración total, entonces podrán entonar sus cantos edénicos y apasionados ante las maravillas del frugivorismo los naturistas. Pero que no olviden que las frutas apetitosas las cultiva el hombre con su esfuerzo y hasta con su sacrificio. Hasta ese momento feliz, ¡ay, demasiado lejano y demasiado incierto!, el hombre que no se resigna a ser esclavo de otros hombres o de otras cosas, seguirá su tendencia revolucionaria y combatirá sin tregua la vetusta superstición, el fanatismo autoritario, la desigualdad económica y todo lo que traba el

desarrollo del trabajo útil en la libre cooperación universal para el bien de todos. Impotente hoy para quebrar las cadenas de su vieja servidumbre, si dispone de su vida específica y saltar por encima de las etapas suficientes fuerzas vitales para vivir en armonía con sus semejantes, el hombre tendrá que organizar la defensa de la economía y de la política, de la moral, de la inteligencia, del amor y de la fraternidad. Si puede avanzar, aun salvando los mayores obstáculos, se salvará de las ignominias históricas y recreará su vida para conseguir la armonía, en la integridad de su ser, con sus semejantes, que ya serían sus prójimos «iguales».

No perdiéndose en las nubes de la fantasía, el aspecto biológico de la humanidad es de evidente decadencia. Los estados patológicos van en aumento y las fuerzas destructoras están en su culminación, por lo cual se puede prever la pulverización de esta humanidad degenerada, en que tantos pacientes claman por su alivio. Quizá el único remedio consiste en evitar la generación de más degenerados. Cortar el chorro de la procreación para salvar la responsabilidad individual y no sufrir los denuestos de los que podrían nacer para aumentar miseria y el dolor del mundo...

## Afinidades en Marcha

Geográficamente España y Portugal constituyen un todo perfecto. Incluso antropológicamente. Al margen de la «pureza racial», que fué el gran mito de la monstruosa mentalidad nazi ¿qué diferencia puede haber entre un vecino de Coimbra y otro de Vigo? Hasta el deje sonoro de sus lenguas es idéntico. Los gallegos y los portugueses trabajan, luchan, cantan, lloran, rien y sueñan al ritmo que marca su origen étnico común. Lo único que los separa es la historia. La historia añeja elaborada a gusto de Reyes y Arzobispos; la historia escrita sobre la falsilla de unos acontecimientos y nos intereses que nada o muy poco tenían que ver con los imperativos de la tierra, los anhelos, las costumbres, las necesidades, las vocaciones y las tradiciones de los hombres que la pueblan.

Nada hay como la música para registrar los datos animicos de la condición humana. Recuerdo que una noche en Orán, escuchando la dulce voz «portuguesa» de Amalia Rodríguez, sentí una conmoción moral tan honda y pura como cuando suenan, en la noche del destierro las notas vibrantes de una jota manchega o el profundo sentimiento del fandanguillo andaluz. Y es que las canciones de Amalia son alma, sangre y conciencia del pueblo portugués, hermano carnal del pueblo gallego, del astur, del castellano, andaluz, extremeño, catalán o vasco. En realidad Iberia no es más que una madre buena en cuyo regazo vive la familia numerosa de sus Regiones diversas, pero cuyo aire y donaire es propio de la peculiar e inconfundible genealogía que las distingue.

Estas afinidades naturales han saltado también al plano político y social, sobre todo en los últimos decenios. La burguesía liberal lusitana, como la española, ha vivido siempre de precario y en lucha tenaz contra el absolutismo político y religioso que tienen fuertes agallas. Por su parte la clase obrera ha seguido un común destino. Los avatares de sus luchas manumisoras tienen casi los mismos antecedentes y accidentes. Las diferencias son de forma y no de fondo. En este aspecto quienes mejor han visto el problema social hispano-portugués, los que han tenido más amplia perspectiva en el tiempo y en el espacio han sido la Federación Anarquista IBERICA, y la Federación IBERICA de Juventudes Libertarias. En sus anagramas se cruzan, armonizan y se tejen, como entre los bolillos de una encajera almagraña, los hilos de esa afinidad de pueblo y de destino que unen naturalmente a España y Portugal.

Los anagramas ácratas se adelantan en 50 años al D.R.I.L. de hoy que anima la acción de Galvao. Por eso mismo las dictaduras fascistas de Franco y Salazar se sienten también gemelas, e incluso fuérfanas de un mundo que parece empezar ahora a arrepentirse de haberlas amamantado como la Loba de Rómulo.

Mientras unas afinidades de progreso, de libertad y justicia marchan unidas cara al porvenir de la madre Iberia, otras declinan y se agarran fuertemente por la mano para morir juntas.

¡Salud a las primeras y tierra a las segundas!

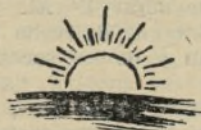
CONRADO LIZCANO



*Transpirenaica*

por Celta LUZ

# CUMBRES LUMINOSAS



**D**ISCURREN las primeras horas de una mañana luminosa. Estoy en la cima del monte Puig Castellar, cerca del cielo. Barcelona duerme a mis pies sumida en el pesado fardo de su historia, tejida con girones de ideas, cultura y progresos. Sobre el brillo de sus catedrales, rascacielos, palacios, monumentos y bosque de altas chimeneas que marcan los hitos de su poderosa industria, tiéndese pertinaz el velo grisáceo de la neblina que envuelve las cosas en misterioso matiz. Pero, la gran ciudad de España rasga tenaz, con bravura espartana, las importunas telarañas de su espesa atmósfera saturada de gases, y el sol hiere con destellos luminosos los picos de sus altas torres y por fin las calles, la inmensa urbe se llena de luz.

Hacia el saliente «el Mioceno continental de Santa Coloma-Barcelona muestra sus cotas, sus colinas redondas de pendientes suaves, cuyas alturas oscilan entre los 60-90 metros». Al norte el «Pla del Vallés» extiende sus fértiles llanuras y sus blancos pueblos hasta unirse el macizo de San Llorenç del Munt y acariciar las faldas de Montserrat. El mar tras de la cordillera costera y el litoral, en la que forman las citadas colinas. tiembla seductor heridas sus ondas por los rayos de un Sol primaveral; miles de casuchas de modesta estructura, confúndense con el suelo rojizo-blancuzco, infecundo y árido. Un mundo de seres llegados de lejanas y miserables tierras, ha edificado aquí sus poblados trayendo su lengua, su cultura y sus costumbres, que luego serán deglutidos por la vorágine de la cultura catalana y absorbidos los grupos étnicos por el oleaje común.

En la cima y en las vertientes de Puig Castellar está enterrado un poblado ibérico. Aquí, además de inmensa luz y espacio infinito, se respira el remoto olor de los siglos que pasaron dejando su huella perenne. De estas alturas que comunican vértigo, sentimos la emoción de lo grande, de lo fabuloso en el tiempo y en el espacio, y sintiéndonos deudores de los antiguos seres que cabalgaron bravíos y ufanos por estas cumbres montañosas, como peldaños ascendentes de nuestra evolución, rendimos emocionados a estas tierras llenas del misterio de los iberos, el tributo de nuestro respeto y admiración. Las sendas, los apriscos, los caminos y las carreteras que se vislumbran desde aquí, tórnanse hilos tortuosos y serpenteantes que se pierden en la lejanía. Allá abajo los seres antojánsenos hormigas del hormiguero humano que mantienen en vilo la marcha del progreso fecundo de los pueblos, provecho inmerecido de los zánganos.

Pero, ¿qué hacemos aquí? Excavar. Un grupo de hombres, picachón en mano, están removiendo las entrañas del monte, asiento — repetimos — de un antiguo núcleo humano ibérico, intentando descubrir la historia de nuestros inmediatos antepasados. Estos hombres sencillos, ejemplo de laboriosidad y de honradez, sienten la noble ambición de saber y con sus picos y sus palas revuelven la prehistoria, la protohistoria y la historia misma, nimbada su frente de sudores y desvelos.

¿Cuál es la personalidad de estos excavadores, modestos pero apasionados aficionados a la arqueología y a la geología? Es el hombre de la fábrica, del taller y del despacho. Las fatigas de su dura lucha por la vida, las compensa con la noble afición a la ciencia, y, mientras en los días de descanso la multitud vegeta en la inacción y se engolfa en los vicios degradantes, él va por los montes y los llanos dando cima a su ideal, regalando a la humanidad estudiosa el producto de sus hallazgos silenciosos y desinteresados, muchos de los cuales van a los museos nacionales que luego admiran las muchedumbres. ¿Cuál es su premio? La íntima satisfacción de contribuir a la cultura de los pueblos en marcha.

Al conjunto de la piqueta aparecen las habitaciones y los objetos de uso de los pueblos que nos antecedieron, objetos que el hombre moderno estudia y establece el curso de las civilizaciones; y caminando hacia atrás en busca del remoto origen humano, encuentra al homínido establecido en la caverna y en la selva fraguando inconsciente la historia de la humanidad.

Es frecuente que el arqueólogo, el astrónomo y el hombre de letras, que a la vez es digno, laborioso y «revolucionario», se halle envuelto en las mallas legales de Poncio. Galileo, Giordano Bruno, Arago, Cervantes y otros mártires del progreso, toparon en su tiempo con las oscuras fuerzas atávicas, estáticas y retrógradas y sufrieron persecución y muerte. Mas todo ello no es sino el tributo de dolor y de sangre que pagan los pueblos a la vida de dignidad y perfeccionamiento que han de conquistar. «Los mejores» son siempre objeto de persecución, lo que no les priva de seguir hundiendo la piqueta en los estratos geológicos y humanos estableciendo la verdad.

La orogenia ha esculpido sus formas continentales a estos contornos cual monumentos geológicos que abarcan la historia del planeta, y aunque el primitivo relieve ha sido modificado por los agentes meteóricos, hidrográficos, calóricos y demás agentes de la erosión, modificando a la vez la flora y la fauna, persiste el gran libro arqueológico



y geológico escrito al correr del tiempo en el que pueden leer todos los hombres de buena voluntad; por medio de la interpretación de sus páginas se sabe que el «Plá del Vallés, hoy fecunda llanura de gran riqueza agrícola, ayer era no más un lago interior y la montaña de Moncada estaba unida al macizo de Puig Castellar antes de que un poderoso hundimiento la separara precisamente por el cauce por donde discurre el río Besós.

Aquí se escribió una parte importante de la historia del recio pueblo ibérico, esta raza fuerte, inteligente e indómita, y al hundir el pico en la tierra que cubre celosa y voraz las habitaciones de las primitivas tribus, el humilde excavador siéntese invadido de profunda emoción al descubrir entre los escombros los primeros elementos étnicos que hicieron posible el brillo que en su tiempo alcanzó nuestra nación. Cuando su pico tropieza con el objeto, al parecer más simple, cual si tuviera ante sí la tumba de Tutankamon, o el tesoro de Priamo en las murallas de Troya, tiéndese en la tierra adoptando las posiciones más inverosímiles, y acariciándola con sus manos honradamente callosas la revuelve grano a grano hasta que aparece... una grosera pinza de carcomido bronce, tesoro arqueológico de indiscutible valor para la ciencia. Cuando el curioso visitante la contemple en el museo, catalogada en su vitrina impecable, estará muy lejos de sentir la emoción que sintió su descubridor, al despertarla del sueño de tres o cuatro mil años, debajo de dos o tres metros de tierra ensangrentada; porque el último aliento que animara a este poblado primitivo fué cortado violentamente por las espadas de Pompeyo y Catón.

Entonces cobran vida los objetos muertos, sumergidos en el silencio de los siglos y aparecen radiantes de luz y esplendor, luz y esplendor que sólo puede comprender el hombre apasionado por la arqueología. A la luz del Sol, que hoy nos confunde con sus ardientes rayos, este poblado vive de nuevo los momentos culminantes de su existencia remota; hablan las paredes de rústica piedra, caminan las sombras de los desaparecidos por las estrechas calles abiertas y en la cavidad de la habitación descubierta se oye el quedo murmullo de los seres que rieron y lloraron, sufrieron, gozaron y murieron.

Sería hermoso que se multiplicaran los grupos de hombres dispuestos a disolver la dura costra del atraso, de la incultura que abunda tristemente en las multitudes. Sin duda esto no llena la bolsa como dar patadas a la pelota de fútbol, o a un flamenco pase de pecho en el circo romano, o un buen puesto estratégico en la sociedad contemporánea, pero, quíerese o no, esos tumores malignos desarrollados en el organismo social degradado, es preciso extirparlos para salvar a la raza, mientras que la instrucción y la cultura constituyen la esperanza del porvenir hacia la cual han de tender sus manos implorantes los pueblos irreddentos. Han desaparecido las «razones» que invocaba Tertuliano para la «necesidad» de mantener a los pueblos en la ignorancia.

Como ya sabemos sólo los pueblos trabajadores,

conscientes, cultos y buenos, elaboran su propio bienestar y alcanzan en la evolución el grado que les hace dignos, y cuando el hombre, dado su grado de cultura deje de ser pasto del engaño y la mentira y mire a su igual sin desconfianza, habrá comenzado a marchar hacia su destino glorioso; la confianza abrirá cauce a la fraternidad y ésta completará la obra que la cultura llevará a término. ¡Paz! Entonces la tristeza de las muchedumbres, engendradas por la incultura y el duro vivir, se trasmutará en alegría de vivir en medio de la luz.

Hemos de hacer un resumen histórico del poblado ibérico de Puig Castellar, mas para ello vamos a valernos del prestigio de A. Martínez Hualde, a quien copiamos literalmente:

«¿Quiénes fueron los iberos? Los indígenas que poblaron nuestra península en el período protohistórico son conocidos por el nombre de iberos. Fueron gentes de razas y culturas distintas (argárica, bronce, hierro), que ininterrumpidamente vivieron en el solar hispano, dejando un conjunto étnico humano bien definido por la influencia de las condiciones geográficas. Hallamos por primera vez el nombre de iberos en el libro «Obra marítima», de Avieno (siglo VI, a.d.J.C.), aplicado a los moradores de ambas orillas del Ebro (Iber), denominación que fué generalizándose a la población de toda la península.

Como consecuencia de las llamadas guerras púnicas entre romanos y cartagineses, que se disputaban por entonces la hegemonía del Mediterráneo, España fué invadida por los cartagineses en poco tiempo.

Los historiadores antiguos citan a los iberos como un pueblo duro, indómito y montaraz, siempre dispuesto a la caza y para la guerra; no obstante mantuvieron buenas relaciones con fenicios y griegos, especialmente con éstos últimos.

Aníbal, hijo de Amílcar, juró de joven odio eterno a los romanos, diciendo no amar el mando de los ejércitos más que para atacar el corazón del imperio romano. Marchó de España a Italia al frente de un poderoso ejército. El senado romano sabedor de la aventura mandó, para cortarles el paso, a Publio Escipión y a su hermano Cneo. Desembarcaron en Massilla (Marsella), pero habían llegado tarde; Aníbal pasaba ya los Alpes. Publio Escipión regresó a Roma para salirles al paso mandando a Cneo a España para impedir la retirada de sus tropas.

Desembarcó Cneo Escipión en Ampurias (año 219 a.d.J.C.), provisto de una escuadra de 60 navíos; juntó a sus tropas en alianzas 20 mil iberos descontentos de los cartagineses, tratando de mantener el dominio de los Pirineos hasta el Ebro. No todos los poblados se sumaron a la causa romana, máxime cuando los iberos se dieron cuenta de que los romanos pretendían establecerse como nuevos amos.

En el año 195 a.d.J.C. fué enviado a España Marco Poncio Catón, llamado el Censor, para someter a las tribus ribereñas rebeldes. Destruyó sus poblados para obligarles a descender al llano. Pompeyo y Catón se vanagloriaron de la conquis-



ta de centenares de « ciudades », mientras que en realidad fueron tan sólo centenares de poblados, indisciplinados entre sí, reducidos a costa de heroicas resistencias, pero inútiles ante la fuerza numérica y disciplinada de los romanos.

El poblado ibérico de Puig Castellar no pudo eludir la suerte de los demás poblados, siendo destruido violentamente y, sin duda, incendiado por las huestes romanas.

En la época ibérica España estaba dividida en tribus. Nuestra comarca se denominaba Lavetania, nombre derivado de «Lave», poblado ibérico emplazado en la cima de Montjuich, hoy completamente desaparecido. Numerosos poblados vecinos estaban generalmente establecidos en las cumbres de las montañas cercanas, pero el de Puig Castellar ocupa la cumbre más alta que domina nuestra villa (300 m. de elevación).

Los iberos tenían contacto comercial con las colonias griegas de Campania (Italia), con los focios de Marsella, e incluso con fenicios y cartagineses. Se supone que fuese el promontorio de Montgat o una playa cercana donde se dirigían las naves orientales para ofrecer sus productos. Eran excelentes jinetes dedicándose a la rapiña en otros poblados y a la caza. Los iberos no fueron navegantes ni pescadores. Utilizaron animales domésticos, y la agricultura, el tejido y la manufactura de la cerámica eran ocupaciones especialmente de la mujer; cultivaban la vid y algunos cereales; la cerámica era de pasta grosera sin cerner, pero más tarde tratan de imitar la cerámica de importación más perfecta. De los iberos nos quedan las llamadas «fusavolas» (husos) y los «pondus» (pesas de telar), de tierra cocida que empleaban para tejer.

La fundición de los metales usada ya por los poblados preibéricos, fué incrementada por el uso del hierro introducido en nuestro país por los cel-

tas. A pesar de que el estado cultural de los pueblos iberos era de un relativo atraso, conocían un alfabeto especial no descifrado aún, del cual ciertos autores pretenden que guarda una relación filológica con el lenguaje vasco. Como sistema de comunicación parlamentaria o de aviso entre los poblados vecinos se encendían hogueras, sin duda utilizando el humo para las señales, tal como lo efectuaban últimamente los pieles rojas.

Por influencia de los celtas, los iberos incineraban sus muertos, depositando sus cenizas comúnmente en vasos funerarios, dentro de hoyos comunes, cistas y silos. Acompañaban a los restos incinerados enseres personales como armas y ornamentos, así como atuendos de caballo y vasos de ofrenda.

Las creencias religiosas de los obreros eran naturalistas, adorando al Sol y a la Luna. Dícese que festejaban a su dios las noches de plenilunio, bailando en familia ante las puertas de sus casas. Tenían también desarrollado el culto a los muertos.

Con toda seguridad el poblado ibérico de Puig Castellar data del siglo IV al III a.d.J.C., aunque posiblemente pueda remontarse hasta el V o VI.

Los objetos hallados en las distintas excavaciones consisten en hueso, piedra, cerámica y metal. Entre los diversos objetos de hueso constan cinco cráneos más o menos completos con señales de violencia, uno de los cuales estaba atravesado por un clavo de hierro de 23 centímetros, hundido en la parte superior frontal.

No pudiéndonos extender más en este brevísimo resumen, advertimos a nuestros amigos lectores que, además del poblado al que hemos dedicado nuestra atención, existen otros romanos y prehistóricos en nuestros alrededores esperando la acción del pico y de la pala.

Barcelona, mayo 1961.

## LA MUJER

La mujer reconcentra todas sus fuerzas en el amor, y la  
grandeza del alma femenina reclama un alma consciente  
para recoger esta consagración de su individualidad. No  
quiere que se la conquiste como una fortaleza ni que se la  
cace como a un jabalí. Desea que se la considere como un  
lago en que desemboca la corriente de un río, como un  
torrente que busca su cauce.

Ellen KEY



Han  
Ryner

# El hombre y la obra

por Georges VIDAL

(Traducido del francés por V. Muñiz, miembro de la  
« Société des Amis de Han Ryner »)

(Continuación)

## VII

### Han Ryner y las fuerzas malas de la sociedad

Odiando las religiones, los prejuicios, las autoridades y el artificio, Han Ryner no podía dejar de sentir un profundo desprecio por la sociedad actual.

Y lo que es más grande, no tiene miedo en expresarlo.

Pero esta mala sociedad triunfa desde hace tanto tiempo que a veces parece desesperar. Todas las reformas son engaños y nada camioia. Un ejemplo: «Cuando los estoicos desenmascararon a la esclavitud como algo odioso ante las conciencias medias, se inventó la servidumbre, para satisfacer a estas medias conciencias. Hoy las conciencias medias se sienten felices y orgullosas por la supresión de la servidumbre y el asalariado, en su ingenua lengua, se llama libertad... El problema es siempre el mismo: separando las apariencias» (23).

Pero este desaliento pasajero no impide que el filósofo grite bien alto su pensamiento y denuncie a las instituciones responsables de semejante estado de cosas.

Vamos a ver, pues, lo que el filósofo piensa de las nociones de **patria, Estado y fuerza.**

Epicteto decía: «Si te preguntan de qué país eres, nunca digas que eres ateniense o corintiano; responde siempre que eres ciudadano del mundo». Hermosa palabra en verdad y que nos trae a través de los siglos el reconfortante ejemplo de un espíritu libre... Pero desde aquellos lejanos tiempos, por desgracia, y a pesar de aquellos raros sabios, la idea de patria, esa abominable catástrofe, ese *delirium tremens* del egoísmo dominador, la idea de patria ha destruido mil y mil veces al mundo entero.

En vano audaces hombres se enfrentaron contra el crimen de los líderes de esa locura y de la masa. ¿Comprendieron los contemporáneos de Pascal lo que éste quería decir cuando escribía: «¿Por qué me matáis? ¿Es que acaso no vive usted al otro lado de la línea divisoria? Amigo mío, si usted viviese en este lado, yo sería un asesino y sería injusto el mataros así; pero puesto que vive usted del otro lado, mi acción representa una valentía y es justa» (24). ¿Se podría de modo más magistral, gritar la terrible ineptia de la idea de patria?

Pero nadie lo comprendió.

Y la «patria» continuó su nefasta tarea, hasta el punto que arrancó este grito a Tolstoi: «Cuando pienso en todos los males que he visto y que he sufrido, provenientes de los odios nacionales, me digo que todo eso reposa en una mentira grosera: ¡el amor a la patria!» (25).

Bajo el manto de tal entidad se adivinan apetitos avarientos de gobernantes y sed histérica de sádicos. Urbain Gohier (*quantus mutatus*, también él...) se indignaba así a lo largo de una hermosa página:

«Me pregunto cómo se atreven a enseñar a nuestros hijos, en las escuelas, el deber de amar a la patria y el de defenderla hasta la muerte, cuando ustedes se apoderan de todas las patrias del mundo que están menos armadas. Despojados por los alemanes, más fuertes, os vengáis despojando a vuestra vez a los árabes, los anamitas, los hovas más débiles; los envilecéis con vuestros vicios y hacéis de ellos las víctimas de vuestros pretores engañosos. Tratáis como héroes a los que han combatido por nuestra patria, y de asesinos a los que los fusilaban; pero por otra parte tratáis de rebeldes, insurrectos, piratas, etc., y los fusiláis sin piedad, a los hombres que defienden contra vuestra avaricia su independencia y los osarios de sus padres.

«¡Ah!, protestáis contra el triunfo de la fuerza brutal... ¿Invocáis el derecho? ¿Tartufos eternos! Cómo se ve que tenéis dos morales y dos justicias, una para los ricos, otra para los pobres, cómo también defendéis dos derechos, según seáis los robados o los ladrones.

«Enfáticamente habláis de la justicia inmanente de las cosas, y no comprendéis que las violencias que habéis sufrido, que tal vez sufráis otro día, representan el castigo de las violencias que nuestros padres cometieron y que ustedes pretenden cometer aún!»

Y, más calmo, pero no menos categórico, Charles Richet escribía: «¿Se ha reflexionado que la idea de patria es una idea extremadamente contingente, variando según los lugares y el tiempo? Hace cuatro siglos, en Italia, Pisa era la patria de los pisanos y Luca de los luquenses. Un gascón no tenía la misma patria que un normando; un bávaro y un silesio eran de dos países absolutamente diferentes. Pero la noción de patria se ha agrandado poco a poco. Hoy hay una Francia y una patria francesa, una Alemania y una patria alemana, una Italia y una patria italiana. ¿Y por qué duraría esto siempre así? ¿Es que acaso se ha apagado el sentimiento de la patria a medida que la patria se engrandecía? ¿Es que si hubiera una patria europea no reclamaria el crecimiento de su



patriotismo y de su prosperidad de la misma manera que una patria francesa? (26).

Se piensa bien que Han Ryner no se ha quedado atrás en indignación cuando se ha tratado de decir sus cuatro verdades a los patriotas.

No podía dejar de sentir un estremecimiento de horror al evocar la guerra, ese fruto chancroso de la patria. «La guerra, pone en boca de La Boetie, es una escuela de injusticia, tiranía y crueldad. Ni la batalla puede ser madre de la paz profunda, ni la violencia madre de la justicia, ni el mal padre del bien» (27). Y aún más lejos afirma: «Una causa que necesita soldados es una mala causa» (28). Y, vehemente, escribe estas palabras que podrán leer los patriotas «humanitarios»: «No es verdad que amen a los hombres los que aceptan las cosas con las cuales los hombres se odian y se matan» (29).

«¡Ah! Matar sin que a uno lo llamen asesino, quemar sin que a uno lo lleven ante los tribunales, desplegar libremente ante el clamor de las aclamaciones, todo el vigor y la potencia de uno! ¿En qué lugar una potencia semejante puede más magníficamente manifestarse y crecer, sino es en el estrépito y en el fragor que parece ascender de la vasta cortina flamígera de un incendio? ¡Esa catedral que ahí se está quemando es más exaltante que todas las trompetas de la victoria» (30).

Y Han Ryner concluye: «El espíritu militar requiere en seguida la ducha de agua fría y la camisa de fuerza». Excusa ésta que acaso sea demasiado débil ante el desencadenado sadismo de la soldadesca.

Pero existe una fuerza que está por encima de todo esto, que domina al ejército y que desencadena las guerras: el Estado. Y es la fuerza criminal por excelencia, puesto que es la más potente. «El Estado dice: «Yo soy el delegado del Pueblo ante el mismo Pueblo», como en otros tiempos decía: «Yo soy el delegado de Dios ante el Pueblo». Pues las mentiras se gastan en su marcha y de tiempo en tiempo se las reúne de nuevo. El Estado que ya no mentiría, es que habría dejado de existir» (31).

El Estado posee instrumentos: el más peligroso para los hombres es el de la «Justicia», impudente ficción. El que ha sido detenido por los guardias y conducido ante los tribunales, muy bien puede decir: «Hace doscientos años se me hubiese condenado en nombre del rey o de Dios. Hoy se me ahorrarán tales humillaciones y se me condenará en nombre de mi mismo; soy yo mismo el que habré de condenarme mediante el organismo de gentes que se expresan por mi propia voluntad soberana. Pensamiento que me hace sentirme más orgulloso de lo que a primera vista parece. Me glorifico pensando que mi voluntad soberana me roba con las manos de los ricos y me juzga con la voz de los jueces. Soy a la vez mi prisionero y mi carcelero: siento entre mis dedos el cerrojo y soy yo el que vigilo para que mi evasión sea imposible. Decididamente la sociología está en su apogeo. Sabe el Estado de hoy con qué magnificencia el Pueblo es idiota y en la explo-

tación de la estupidez inagotable, manifiesta la más osada y segura de las sutilezas» (32). En cuanto a los mismos jueces, cómo no despreciarlos lo suficiente. Razón tiene Han Ryner de escribir: «Los jueces que han obedecido a las leyes de su tiempo y de su país, desde que su tiempo ha pasado y sus formas de mentira, aparecen como los hombres mas miserables y culpables» (33). Para ejemplarizar esto con un ejemplo sencillo y cerca de nosotros, basta pensar en los jueces de los últimos tiempos de Napoleón III, cuando condenaban al encarcelamiento a cuantos gritaban: «¡Viva la República!», y que, algunos meses después de la caída del emperador, condenaban con igual seriedad a los que gritaban: «¡Viva el emperador!» ¡Oh, ironía!

Todas esas gentes, militares o jueces, que solamente saben dos cosas: mandar y condenar, deberían meditar este pensamiento: «No tengo el derecho de considerar a una persona como un medio. Cada persona es un fin. Sólo puedo pedir a las otras personas servicios que buenamente quieran concederme, por benevolencia y a cambio de servicios» (34).

En cuanto a la familia ¿vale la pena hablar de ella? ¿Qué ha sido de la familia en la sociedad actual? El hombre y la mujer trabajan todo el día, cada uno por su lado y solamente encontrándose a la noche. La broma de Edouard Drumont es justa cuando decía: «La familia sólo existe en la posición horizontal» (35). La familia se muere. ¿Sera reemplazada por la fraternidad humana? A menudo, (por no decir generalmente) dos amigos pueden amarse más que dos hermanos, y Han Ryner tiene razón cuando hace decir a Rifat: «He dejado, en las mesetas de Merú, un hijo de mi padre y de mi madre que me odiaba. Pero en el camino, en la llanura de Senaar, he encontrado a varios hombres que me amaban. Estos son más hermanos para mí que el otro. Para mí que a todos los hombres amo, me siento el hermano de todos. Si me amas, me siento hermano tuyo. No es el lugar de donde procedes el que me importa, es el lugar a dónde vas y lo que haces. No es tu origen lo que te pido, sino tu corazón» (36).

Esperemos...

Y Han Ryner, a pesar de sus horas pesimistas, espera una sociedad mejor cuando escribe: «Detenidos como los ríos en la época de los grandes lagos, se acumulan numerosos progresos inmóviles, montan, se irritan, siempre vencidos, en la masa inmovible de las montañas. ¿Estancamiento eterno? ¡No lo creo! Mañana tal vez el agua sutil encontrará una hendidura que el ojo no podría descubrir; o bien encontrará una arteria en la tierra para ensanchar. Pronto se deslizará, se insinuará y empezará a trabajar. Esfuerzos oscuros, que pronto serán vencedores, pero que aún ignoramos. Alerta, ya la tierra se precipita, cruje y cae cual una esperada avalancha. Las rocas caen, chocan, se desmenuzan como las gotas en el torrente de una catarata.

«Dejándolas bastante flotantes en cuanto a las fechas, todas las esperanzas humanas se vuelven



legítimas, todas las nobles profecías son promesas. Si el hombre dura lo suficiente, cada uno de sus ensueños puede ser una realidad futura» (37). Esperemos...

- 23.—Le subjectivisme, p. 60.
- 24.—Pascal: Pensées, artículo IV, pensamiento 3.
- 25.—Tolstoi: Avenir.
- 26.—Charles Richet: Les guerres et la Paix.
- 27.—Les Apparitions d'Ahasvérus, p. 126.
- 28.—Le Subjectivisme, p. 62.
- 29.—Idem, p. 69.

30.—La Revue Anarchiste, núm. 14, 20 de febrero de 1923.

31.—Le Père Diogène, p. 125. Ed. Figuière.

32.—Le Père Diogène, p. 127.

33.—Le Père Diogène, p. 133.

34.—Le Petit Manuel Individualiste, p. 13.

35.—Edouard Drumont: La fin d'un monde, página 166. Ed. Savine (Paris).

36.—La Tour des Peuples, p. 180. Ed. Figuière.

27.—La Revue Anarchiste, núm. 9. Set. de 1922.

(Próximo artículo: Han Ryner y la Rebeldía).



## MI PUEBLO

**E**STAN saliendo de las escuelas — antaño bajo la dirección de don Fidel y de doña Benigna — los alumnos y las alumnas, a la hora en que la gente del campo da de mano, y los pastores conducen a los corrales, y la dula, desparramada, atropella por todo al dirigirse los cuadrúpedos a su manida, muy bien sabida de cada uno. Los hombres desaparecen: las mujeres muyen, las mozas van a los huertos a cargar para la cena, solas si compromiso no tienen o si lo han con el « compromiso ». Faena de hombres y mujeres de fin del día. Aún hay sol, mas ya empieza a platear la tarde. El cielo tiene una azulidad lechosa, trasparente. Humean las chimeneas de las casas. A la hora de queda, la luz natural impide distinguir la artificial de los faroles, que en vez de enrojecer alumbrando amarillea y no luce. Agitación de recogida, de colmena cansada. Todos los rumores se condensan para extinguirse por junto. Todavía ladra un can.

Atravesaré por más abajo de la Tajada, a salir al Queiles, a junto del trujal de mi tío, para no ver otra cosa que allí teníamos y en la que nuestros sobrestantes vivían. A esta parte tan verde, tan amena — el cañar y el río, los huertos y la huerta de doña Mencía, las josas y los eucaliptos de Viamaniel —, le quitan alegría el hospital con su enrejado carcelario, el cuarto de autopsias y el cotarriello de indigentes. Para calmosamente el Queiles llevando en la corriente las expresiones del molino. Pasan a abreviar las recuas, y los ganapanes a caba-

llo cantan. Paso yo con los ojos cargados de sueño y la mente de ensueños, acercándome a mi conforme de estos lugares me alejo. Querría que todo fuese otra vez, que perdurase lo que antes me alegraba y ahora me entristece, que me supiese a buena la vida y no a lo que me sabe. Tan sólo en este pueblo se alegran de verme las calles, me conocen las piedras que piso y me dan la bienvenida. Las huellos con tiento, con respeto, con gratitud, pareciéndome que tienen el palpito de mis juegos y como si rebotasen mil algaradas de muchacho travieso. El camino de la escuela, la plazuela del Taleguillo, el Boterón, en San Pedro, donde mi madre tenía una casa (tampoco, tampoco quiero verla). «Aquí habitaba el señor Juan « Peluco », el de la « señá » Matilde; aquí Pelegrin, orgulloso de su reata de mulas blancas; aquí el tío Melitón, en cuerpo y alma de la aurora, que debajo cantaba...» Se levantan de sus tumbas y andan al influjo de mi recuerdo. El reloj de la hora, hecha de las horas pretéritas que vuelven. Están asediándose para dormir la cigüeña y sus hijos. Viene pasito la noche.

¿Pero es ésta aquella plaza grande, sobre todo grande, a una mano la colegiata y a otra la calle Mayor, el Concejo a un extremo y el casalicio de Nogales a otro? ¡Tan amplia como se me figuraba! No parece la misma. ¡Ya! El grandor se lo daban los pasos de estos tres peripatéticos filosofando: Pozo, Nogales y mi padre. Decido no hacer más gimnasia mental y retirarme a la posada.

PUYOL



# El exutorio colonial

**P**ARA los que estén duermes: exutorio es una úlcera, mantenida a posta y artificialmente por los médicos, para purgar a nuestro organismo de las virulencias, los humores podres y las nocuas toxinas, que la sangre carga. Una de las vías de autodrenaje más salubres, según el doctor Besanzón, son las almorranas. Tomen nota de ello los que padecen esa aflicción de espíritu: conlévenla y no se la curen, si no quieren que el diablo y Gayoso — un transportamurtos de aquí — arreen con su carroña.

La peste rojigualda de la sociedad son los galonudos de todas las divisas. Léase, para convencerse de verdad tan de pote o potísima, « El desafío » de Kuprin y « Pequeña guarnición » de Bilse. Véase, en un corral de la Pacheca, « El héroe » de Rusiñol. Y no se olvide lo que de nuestros montoneros de kepis o ros han escrito Eugenio Noel, Ciges Aparicio y Ramón Sender. El lorqueño « Romance de la Guardia civil española » no se despegas de este cuadro o tablar de sabrosa hortaliza. Cada civilón es un ex bandido del Tercio, retirado a la vida conventual o algo así. En la sierra, de día, y en la calle, de noche, prefiero encontrarme al « Vivillo » que a la Benemérita. Los calés la quieren tanto, que con cada número harían una operación de dividir, partiéndolo en dos.

No temo al que me ofende — escribe el esvarizado Gracián — sino al que me defiende. El guardaespaldas se echa a comer a dos carrillos a costa del que le alquila el pelo del pecho. Pastando esa yerba y la del pubis, engorda como un canónigo el dueño de la granja de tal henar. El baratero vive de la patilla, como el sereno del farol, las llaves y el chuzo. El podrigón quiere rumbeas: ir majo como un charro salmantino, vestir de pontifical, yantar como un prior, folgar como un prepósito de novicios y trabajar menos que un abad. « Ha dicho el P. Prefecto que bajemos al huerto y que trabajéis, que luego merendaremos ».

« España no es una nación que tiene un ejército — afirmaba otro gran Federico, pero menos grande que el asesinado en Granada — sino un ejército, que tiene una nación ». Más poseída, disfrutada, calada y usada con abuso, de derecho y de revés, no ha habido madre del cordero nunca. Lo mismo le ocurre a Prusia con su felomariscalato, le pasaba a Francia con la « Grande Armée » y le sucede a Inglaterra con su « Home Fleet ». Los ases de bastos de la cristiandad no son los Gobiernos, sino los Estados Mayores. Capital que no pere-

ce o himen que no se abisma es que no lo ha desemboscado algún militar. De todas las Academias de una y otra arma, salen especialistas del cañonazo del millón de pesos. Para dar el quiebro al ataque de un enemigo eventual, aceptamos un invasor de nuestras decencias peor que Muza y una ocupación permanente del parapeto, en que por encima de la cabeza de Dios había de ser defendida nuestra dignidad. En nuestra flojera llevamos el castigo condigno. Al que no le hincan en los blandos una espuela, le clavan dos. El caso es que todos andamos con el empeine estrellado y nafrado, en trance de que se nos costure, más en sangre que si menstruásemos; con el hipocondrio y la mielsa a rastras.

Con el fin de echar fuera de sí ese mole perlesante, los curanderos del estatalismo han inventado el exutorio de las colonias. Las de Holanda dan caseína, para hacer pies de fraile. Inglaterra les hace sudar también café a sus negritos, malayos o del Namib. Pero el caño rifeño no fué nunca para España más que un exutorio, una canal por la que se descomía y desbebía el país. Se disparaban por allí los detritus de cuarteles y cuartos de banderas — Fernández el Silvestre, Pancho Franco, Millán Astroso — lo peor de cada casa. Por ese ojo sin luz se desencasernaba en parte la Península. Mahoma tiene la chilaba ancha; y recibía agradecido, como los cuernos que le ponía Kadidja, tahúres toxicómanos, chafarinos, patoteros, lectores de Belda; en fin, todos los que no pegan a su madre y no han dado estricnina a su padre, porque no los tienen conocidos.

Se facturaban y tranfretaban camino del Barranco del Lobo esas albañilerías, para ver si las liquidaba un « paco », o las exterminaba el paludismo, o las enrolaba en sus mejales el Califa o se las repartían como buenos hermanos el Profeta y Alá para fosfatar sus vastos dominios.

Pero, la pirámide estercoral fermentó; reventó la cloaca; y hemos sido en España víctimas de nuestro propio nitrato. Por el exutorio ya se nos ha ido media vida. Y la otra mitad va a seguir el mismo camino. La alcantarilla se ha comido la calle, ha inundado la urbe y el campo. Y todo el vaso redondo ibérico no es más que un sagrario de dioses feciales, una patarata como un Cadi, un mar de urea, de ordura y de subproductos residuarios.

*Angel Samblancat*



# LA VIDA Y LOS LIBROS

«TESTIGO DE MI TIEMPO» y  
«EN UN LUGAR DE LOS ANDES»

por E. Relgis

Un apego al pasado, arma con la que abre ventanales al porvenir, una constancia por el sendero difícil de la dignidad y de la rebeldía; una claridad jamás decadente en la expresión y en las intenciones; un amor del mundo y del hombre; una sincera inclinación hacia la poesía que es delicadeza de alma, que es belleza y armonía; un apostolado de la paz; tal es la obra escrita por Relgis que, cual cirujano del cuerpo social, intenta extirpar de él los males que le oprimen, los padecimientos que le agobian, los quistes que lo matan. Más de treinta volúmenes, escritos y legados al mundo; treinta peldaños seguros y honrados que este internacionalista rumano ha colocado a los pies del hombre para que pueda subir más fácilmente hacia la meta del ideal y del bienestar hasta encontrar el sosiego que no tiene, la paz que aún no conoce, la plenitud de vida que tanto desea, por la que tanto lucha y hacia la cual tienden todos sus esfuerzos, tan baldíos y contradictorios a veces.

El humanismo que desgajan los poemas de «En un lugar de los Andes» no desmerecen en nada a la prosa dulce y edificadora de ninguno de sus libros en los cuales siempre se ve, diáfano, a Miron, el indesmentible, el tenaz, el consecuente: siempre sembrador y veraz, lo mismo cuando pronostica: «Perspectivas», «Albores de libertad», como cuando sienta posición: «El hombre libre», como cuando analiza: «El espíritu activo», como cuando traza: «Sendas en espiral», como cuando escudriña e interpreta al mundo: «Doce capitales», etc., sin que jamás en ningún momento deje de testimoniar: «Testigo de mi tiempo», todo con el anhelo de despertar las «cuerdas durmientes» que encierran al hombre.

Relgis declara su origen judío. De ahí que comprendamos mejor su perseverancia en los caminos elegidos y su inclinación, merecida, para enorgullecerse de su pueblo, cuya tenacidad sobrepasa lo imaginable. La consecución de la sociedad israelí — que tan bien ha descrito Agustín Souchy — después de dos mil años de persecución no es algo que permita contemplarlo indiferente y menos si te consideras carne de aquella carne.

Y no es que en Relgis veamos, muy al contrario, al fanático por tal o cual causa, no, vemos en él al analista que sin prejuicios ni apresuramientos, quiere llegar a conclusiones, y llega, tras las que aplica a su conducta, puliendo su pensar, su manera y su acción. Es el que, como Juvenal, *vitam impendere vere*, consagra la vida a la ver-

dad, lema que todo hombre debería tener. El mismo nos sentencia diciendo que «quien se empeña en falsear su propia naturaleza está preparándose a perecer».

Eugen Relgis es, pues, el que se reconoce como miembro de la diáspora sin dejar de ser parte íntegra de la humanidad. En «Testimonio de mi tiempo» roza, aunque ligeramente, la historia del pueblo judío cuyo organismo más representativo, casi tan representativo como el propio Estado de Ben Gurión es hoy la K. K. L., su motor y su alma.

Para Relgis, como para el pueblo judío en general, la existencia no es más que la imagen que une, cual puente inmutable, al ayer con el mañana. En sus poemas se encuentra inseparable y permanente la noción del tiempo «corriendo a raudales», el origen «que volverá», la vida semejante a un viaje, viaje de un instante frente a la eternidad del camino, y los sueños, la ausencia...

«Cruzo tamarindos y subo el barranco.

(Subir es su obsesión).

Bajo por la senda que corre al azar,  
y los siglos de oro se visten de blanco

(primavera eterna)

sobre el anfiteatro que crece al soñar».

Esto que reproduzco de Fray Bentos corrobora cada uno de sus escritos y completa su obra reflejo de su fe. Una fe que se hace inquebrantable aun hasta en los momentos más desesperanzados. A veces, como por ejemplo en «Casa de las crónicas» uno ve el equivalente de «Nocturno indiano», el mismo grito a la soledad y a la naturaleza, el mismo desgarrador gemido del hombre frente a todo y a todos... frente al destino.

«... sobre la cumbre saliendo de la hondonada...»

sin dejar el fardo cruel de los sueños que escudriñan el cerebro y agotan el corazón «que el enardecido errante levanta como un pendón».

Cada poema, cada línea, cada palabra de Relgis es una afirmación, un testimonio y una esperanza. La esperanza del que sabe quién es y a dónde va. Todo lo que puede y hace sólido un ser y una existencia porque ha descubierto que cruza el portal y

«al fondo espera  
sobre el zarzo la viña suspendida,  
y rodeando el zumbir de la caldera,  
madre, niños y abuela aún erguida».

M. CELMA



# EL PROPIETARIO

por DENIS

**E**RASE un campesino que tenía un hambre insaciable de propiedad. La tierra le era indiferente. Lo que anhelaba, con un anhelo sin medida, era la propiedad de la tierra. Un campo delicioso, pero limitado, no tenía ningún valor para él ante un erial extenso. Privándose y privando a su mujer de alimento y de sueño, y explotando a sus hijos, privados también de todo, desde que alcanzaban la edad de poder hacer algo, había logrado adquirir un pedazo de huerto. No comían, ni él, ni su mujer, ni sus hijos, de lo que el huerto producía, sino lo que no podía venderse: lo averiado, lo podrido. Apenas sus hijos llegaban a la adolescencia. La miseria los mataba antes. Poco importaba. Otros nacían, que los sustituían. El drama era cuando moría un animal comprado con el hambre de todos. Había que comprar otro para sustituirlo.

El huerto llegó a valer, al cabo de unos años, mucho más que cuando lo había adquirido. Se le ofreció ocasión de venderlo bien, y de hacerse propietario, no en malas condiciones, de una extensa finca de secano. Como con el dinero percibido por el huerto pudo pagarlo al contado, un Banco le ofreció crédito para los primeros trabajos. No podía ya realizar éstos él solo con su mujer y sus hijos. Contrató algunos trabajadores, que fueron a instalarse en la finca, con sus familias. Naturalmente, se albergaron en las mismas dependencias que los animales.

La explotación de los trabajadores era más productiva que la de la mujer y los hijos, y por lo tanto más gozosa. No tenía la responsabilidad de alimentarles, de vestirles, de calzarles, aunque fuera mal. Les entregaba unas monedas, las convenidas, y si no comían, ni se vestían, ni se calzaban, allá ellos. Ninguna culpa tenía él de que no fueran ahorradores, de que malgastaran, no se sabe en qué, lo que ganaban.

Un año después, el propietario no necesitó ya el crédito del Banco. Los trabajadores no sabían ahorrar. Él, sí. Había ahorrado aquel año más que en toda su vida de privaciones y de explotación de sus hijos. Sabía, como que dos y dos son cuatro, que así como sus ahorros de los primeros tiempos, tan insignificantes, provenían de su hambre y la de los suyos, los de ahora, mucho mayores, no tenían otra fuente que el hambre de los trabajadores, y su carencia de todo. Pero si alguien se lo hubiera dicho, lo habría juzgado un insulto. No de otro modo lo habrían juzgado, ni lo juzgarían aún, casi sin excepción, todos los profesores de economía. Hombres sensatos, que saben, como nadie, el porqué de la riqueza.

El propietario pudo comprar, con los ahorros de aquel año, una tierra de regadío que lindaba con la suya. El agua era, en aquella tierra, abun-

dante. Hizo encauzar parte de ella hacia la finca de secano, y empezaron a surgir en éste frutos hasta entonces en ella desconocidos. Tuvo, para todo esto, inútil decirlo, que contratar nuevos trabajadores y que albergarlos con los otros y con los animales: no había tiempo de preparar nuevas dependencias. Ni era necesario. ¿Para qué gastos inútiles, no productivos?

Años más tarde, casi todas las tierras de los alrededores habían pasado a ser suyas. A medida que había ido creciendo su propiedad había ido aumentando el número de los trabajadores, y con el número de éstos la suma de sus ahorros. Era un fenómeno maravilloso. A veces la cosecha no era buena, pero entonces el precio de los frutos era más alto. Sin duda, cuando esto sucedía, algunos hombres, no se sabe dónde, podrían comer menos frutos, puesto que eran más caros, pero el propietario ahorraba en la proporción prevista. Y algunas veces más, lo que era curioso. Los años de más mala cosecha eran casi siempre los mejores. Si hubiera sido posible llegar a un acuerdo, entre todos los propietarios del mundo, para obtener malas cosechas, ¡qué manera asombrosa de enriquecerse se habría descubierto!

Nuestro propietario, sin embargo, no estaba satisfecho. Hacía ya dos o tres años que no había podido extender su propiedad. Nadie, en las cercanías, quería vender la tierra. Sus ahorros dormían, en sacos, escondidos sólo el sabía dónde. Al Banco había ido una vez por el dinero que le fué ofrecido, y otra vez a pagar ese dinero. Nunca más. Sus ahorros quería manejarlos él, no que los manejaran otros. Y para él no tenían otro objeto que la adquisición de tierra. Como no le era posible, en torno a su finca, adquirir más, estaba triste, triste. Su hambre de propiedad no se había saciado.

Un día supo que en otra comarca podía comprar tanta tierra como quisiera. Vendió en seguida cuanto poseía y partió.

Había redondeado la propiedad que dejaba. Todo el mundo se la envidiaba. La atravesaba un río; había en ella bosques, árboles frutales en multitud, llanuras donde se arrojaba el trigo, crecía y maduraba sin cuidado alguno, prados, fuentes; pero ya no podía añadir a ella otras tierras. No le interesaba, pues. Su amor no era un amor de la tierra; era un amor de la propiedad.

Partió por la noche. Ni un adiós, con la mirada a la tierra que abandonaba. Ni a los trabajadores, a los que nada debía. Todos los profesores de economía lo dirán. Les había pagado lo convenido. Cada cual era libre de irse, si lo convenido no le convenía.

Se instaló en la otra comarca, propietario de una extensión doble de terreno. Todo lo ahorrado y todo lo percibido por la finca fué empleado,



salvo la suma necesaria para empezar la explotación. Modo de no aceptar los nuevos ofrecimientos de los Bancos.

Se aseguró antes, de que en los años sucesivos podría comprar más tierra. No quería exponerse a nuevos límites en su hambre de propiedad.

Pero al año siguiente partió de nuevo. Por fin sería el propietario que quería ser. En una región lejana, despoblada, y que el gobierno quería poblar, se entregaba, por una miseria, a cada cual, tanta tierra como quería. Lo vendió todo y partió, sin vacilar.

Ya está el propietario en la región lejana, lejana. Era verdad que podía tomar no tanta tierra como quisiera, pero sí una grande, grandísima extensión. El límite lo había de señalar él, con su esfuerzo. Cuanto más se esforzara, más extensa sería su propiedad.

Había que partir, al salir el sol, de un lugar señalado, y estar de vuelta en él cuando el sol se pusiera. Todo el círculo trazado en ese tiempo sería suyo.

Partió, del lugar señalado, a la hora señalada. No hay que decir que corriendo. Pronto se percató de que no podría correr todo el día. Llegada la hora en que tenía costumbre de tomar algún alimento, se percató asimismo de que había olvidado llevar consigo algunas provisiones. Pero poco importaba. Ya comería por la noche. Lo desagradable era que acaso no podría marchar tan deprisa como si hubiera comido. En fin, ya no tenía remedio eso. No había que pensar más en ello. En lo que había que pensar era en la propiedad, en hacer que fuera grande la propiedad.

Marchaba, marchaba, tan deprisa como podía. Aquí encontraba un arroyuelo y lo rodeaba, para que quedase dentro de la propiedad; allá un bosquecillo, y hacia lo propio; más allá una tierra que le parecía buena, y nuevo rodeo.

A mediodía vió que se había alejado mucho del lugar a donde tenía que volver, y que tenía que apresurarse, si no quería llegar tarde. Una vez puesto el sol, toda su pena habría sido inútil. Y no podía volver en línea recta. ¿Qué figura tendría entonces su propiedad?

Emprendió el regreso, corriendo de nuevo, pero por pocos instantes. No podía correr ya sino unos minutos. El lugar de donde había partido estaba en una altura. Lo veía, lejos, lejos. Había que llegar a tiempo. Pero he aquí un trozo de tierra con agua cerca. Imposible dejarlo. Lo rodeó. Y corrió de nuevo, solamente unos pasos. Y así una y otra vez.

Ya estaba a un kilómetro del final. Tenía hambre, sudaba, se le doblaban las piernas. ¿Le daría tiempo, el sol, de llegar? Sí, llegaría, en el momento de su ocaso, y todo se podría dar por bien empleado. Tendría una inmensa propiedad, que jamás en otra ocasión podría recorrer en un día.

La mitad del sol se había ocultado ya en la lejanía, y aún quiso meter unos árboles centenarios en su propiedad. Un nuevo impulso, después, y llegó, con la puesta del sol, al lugar señalado. Pero llegar y caer, desvanecido, todo fué uno.

Como pasaran unos momentos sin que se moviera, el que había de entregarle sus títulos de propiedad se acercó a él, le miró, sin sorpresa, y dijo:

— Está muerto.

Estaba, en efecto, muerto.

No había que pensar en llevarlo a parte alguna. Se estaba en una región despoblada. Se cavó, pues, una fosa, a toda prisa, y se le enterró.

Cuando la fosa estuvo cubierta media, justamente, dos metros.

El que había de entregarle sus títulos de propiedad, dijo:

— Era toda la tierra que necesitaba.

**E**L arte no ha podido medrar nunca sino en pueblos libres. Entre las ciudades de Grecia Atenas; en Roma languideció y murió por haber sido entregado a los esclavos. Revivió al sentir herida su frente por la luz del Evangelio. Cayó bajo la mano tiránica del sacerdocio y retrocedió; fué puesto en libertad por las cruzadas y adelantó a pasos de gigante. Falto de asilo, acogió a la sombra de las repúblicas de Italia. Salió de ellas, pero cuando estaba ya exportando el feudalismo, cuando empezaba a respirar el mundo. Penetró en España, en Francia, en Alemania; volvió la espalda a Rusia, dividida hoy en siervos y señores.

F. PI Y MARGALL



# MICROCULTURA

760. — Las corrientes marítimas que más se conocen desde lejanos tiempos son: el Gulf Stream (Corriente del golfo) que nace en el golfo de México y va hacia el N. de Europa; y el Kuro Sivo que nace en las costas del Japón y se dirige hacia el estrecho de Bering.
761. — Mareas son unos movimientos regulares y periódicos de las aguas del mar, que dos veces al día (cada 12 horas y 25 minutos) se acercan a la costa para luego retroceder, dejando en seco parte de la costa o playa.
762. — En América del Sur se designa con el nombre de «camalotes» a los islotes flotantes de plantas arrastradas por los grandes ríos.
763. — Una pequeña elevación de tierra toma los nombres de colina, altozano, cerro, loma, collado, montículo, otero, etc.
764. — En los países del Plata se da el nombre de «cuchilla» a una serie de colinas, el de «mogote» a un montículo aislado que remata en punta, y el de «albardón» a una pequeña elevación de tierra en medio de terrenos pantanosos.
765. — Pulperia (argentinismo) es una especie de taberna de campo que vende al por menor artículos de abasto como aceite, grasa, yerba (hierba) mate, azúcar, botas, ponchos y sobre todo caña (aguardiente).
766. — En una montaña se observan la base o pie; la falda, vertiente, cuesta o ladera; la cumbre, cúspide, cima o cresta; y el punto culminante.
767. — Los platenses llaman también «isla» a un conjunto de árboles aislados en medio de una llanura, y que no está junto a río o arroyo.
768. — Desde el 404 hasta el 403 A. C., gobernaron en Atenas los «Treinta Tiranos».
769. — Se llama ventisquero o ventisca a una borrasca de viento y nieve que suele ser frecuente en la garganta de los montes.
770. — Las llanuras incultas se llaman, según los países, pampas, llanos, sabanas, desiertos, páramos, estepas, praderas, campos y campiñas.
771. — El «chiripá» (argentinismo) es una pieza de género, rectangular, la cual pasada entre los muslos y asegurada a la cintura, hace las veces de pantalón entre la gente de campo (paisanos y gauchos).
772. — El maíz es originario de América, sabiéndose que los españoles al desembarcar en las playas del Río de la Plata encontraron sembrados de maíz.
773. — El maní, planta frondosa de flores amarillas y cuyos capullos contienen dos granos del grandor de un garbanzo, es conocido en España con el nombre de «cachahuate» y en Francia con el de «pistache de terres»; la planta en América se llama «mandubú» y el fruto maní.
774. — El mármol verde de San Luis (Argentina), con vetas rojas y amarillas, es verdaderamente hermoso y no tiene quizás rival en el mundo.
775. — En el 400 A. C., se supone que murió Tucídides quien, después de Herodoto de Halicarnaso, es el historiador más grande de Grecia antigua.
776. — La isla más grande del Atlántico europeo es Gran Bretaña, la que junto con Irlanda forman las Islas Británicas.
777. — Las ciudades más grandes de Gran Bretaña son Londres, Edimburgo, Glasgow, Liverpool, Manchester y Birmingham.
778. — Cinco son los principales ríos de África: Nilo, Niger, Congo, Orange y Zambeza.
779. — En 1855 el temible «simón» (viento huracanado) sepultó en el Sahara a toda una caravana compuesta de dos mil personas y mil ochocientos camellos.
780. — Chacra (argentinismo) es una propiedad rural destinada al cultivo y cierto número de chacras reunidas forma lo que se llama una «colonia».
781. — El paso, camino estrecho que dejan entre sí las montañas, se le da también el nombre de garganta, desfiladero, abra, cuello, hoz, boquete, angostura, puertas, puerto de tierra, portezuelo, portillo y quebrada.
782. — En el Plata se da el nombre de «tacuruzal», a los terrenos anegadizos cubiertos de tierra blanquecina, que por lo general son hormigueros abandonados (tacurúes).
783. — Al oasis, sitio cubierto de verdura y surtido de manantiales en medio de un desierto, llaman en Perú «aguada» o «joya».
784. — En Paraguay dan el nombre de «cangrejal» a un terreno húmedo, lleno de hoyuelos y surcos, ocasionados por cangrejillos negruzcos.
785. — Quien ha viajado por el campo del Plata se ha dado cuenta que llaman «puesto» a una pequeña construcción donde vive un peón (puestero) encargado de una parte de la «estancia» (establecimiento de ganadería).
786. — Paradero (argentinismo) es un sitio en que hay vestigios arqueológicos de los indígenas del país, en el que abundan los utensilios y armas de piedra, fogones y residuos de comida, huesos quemados, etc.
787. — El empleo más útil del tabaco es para curar la sarna del ganado, aunque no pocos hombres (y no pocas mujeres) «gastan su dinero con él, del modo más tonto, más sucio y más perjudicial a la salud que se pueda imaginar» (reflexión de un campesino).
788. — Antes que Hitler, el canciller Von Bulow reclamó (1897) para Alemania su «espacio vital».
789. — Las ciudades más importantes de Rusia europea son Moscú, Leningrado, Kiev y Odesa.
790. — Hace dieciocho siglos una erupción del Vesubio sepultó a las ciudades de Pompeya y Herculano, junto a los habitantes que no pudieron huir de la catástrofe.
791. — Las ciudades más importantes de Italia son Roma, Milano, Nápoles, Génova, Turín y Florencia.
792. — La meseta es una llanura elevada que también se conoce por los nombres de altiplanicie y altillanura; llamándosela «puna» en algunos lugares sudamericanos.
793. — La tierra llana entre dos montañas, generalmente regada por un río o arroyo, se llama valle; si es de poca extensión toma el nombre de cañada y, si es de gran extensión el de vega.
794. — Potrero (argentinismo) es un terreno cercado, o alambrado, con buenos pastos y aguadas para tener animales.
795. — En la producción mundial de caña de azúcar corresponde a Cuba el primer lugar, seguida de las Indias británicas, Java, Estados Unidos y Brasil.
796. — Los ríos más caudalosos que desembocan en el mar del Norte son el Elba y el Rin en Alemania, y el Támesis en Inglaterra.
797. — Las principales ciudades de Australia son Sidney y Melbourne.
798. — Pujío o cachimba, significa en los Andes, un manantial o pozo que hace el ganado en el terreno arenoso del lecho de ciertos ríos que a veces se quedan secos.
799. — Bagual (argentinismo) es la vaca o caballo indómito; se le conoce también por animal «alzado».



# LA FILOSOFIA

**L**A filosofía puede definirse desde luego diciendo que es: *La investigación de las cosas por el pensamiento*. Si es necesario — y lo es, en efecto — que el hombre se distinga de los animales por el pensamiento, todo lo que es humano no es tal sino porque es obra del pensamiento. Pero como la filosofía constituye un modo particular del pensamiento en virtud del cual éste viene a ser conocimiento, y conocimiento que penetra en lo íntimo de las cosas, el conocimiento filosófico tiene por lo mismo un carácter especial que le distingue de todas las demás formas de la actividad humana, aunque todos los productos del pensamiento humano lo son de un mismo y solo pensamiento. Porque el pensamiento permanece idéntico a sí mismo, y sus diferencias provienen de que la conciencia, que tiene su fundamento en el pensamiento, no afecta desde luego la forma de éste, sino la del sentimiento, la de la intuición y la de la representación, maneras de ser del espíritu que no se distinguen del pensamiento más que por su forma.

El contenido de la ciencia, de cualquier naturaleza que sea, puede determinarse como sentimiento, intuición, imagen, representación, fin, deber, o como pensamiento, noción, etc. Estas son diversas formas de un mismo y solo contenido, ya se piense, ya se quiera, ya se sienta un objeto, téngase un pensamiento con mezcla o sin mezcla de sentimiento, o un sentimiento con mezcla o sin mezcla de pensamiento. En cada una de estas formas o en sus mezclas, el contenido constituye el objeto de la conciencia. Pero pensando este objeto, las determinaciones propias de cada una de estas formas se presentan como diversos contenidos, lo que hace que el objeto parezca multiplicarse, y que lo que es idéntico en sí se muestre diferenciado.

Así, pues, la filosofía tendrá en primer lugar por objeto, relativamente a la conciencia vulgar, demostrar la necesidad de su modo especial de conocer y despertar esta necesidad; relativamente a la religión y a la verdad en general, probar que puede conocer por sí misma y por su virtud propia; relativamente a la diferencia que parece existir entre ella y la religión en su forma exterior, explicar y justificar las determinaciones que las distinguen.

Mas para darse desde luego más fácilmente cuenta de esa diferencia y del principio que con ella se liga; para comprender que transformándose en pensamiento y nociones puras es como el contenido de la conciencia toma su verdadera forma y, por decirlo así, se reviste de su propia luz, es necesario recordar la antigua opinión según la cual lo que hay de verdad en los objetos y en los acontecimientos, así como en los sentimientos, en las intuiciones y en las representaciones, etc., no puede percibirse sino por la reflexión; y precisamente lo que hace la reflexión, en todos los objetos, es transformar en pensamientos los sentimientos, las representaciones, etc.

Por lo mismo que el pensamiento es la forma y el objeto de la filosofía, y que por otra parte todo hombre dotado de la facultad de pensar, aparece como consecuencia de este punto de vista imperfecto y exclusivo, que omite la diferencia que hemos señalado anteriormente, una opinión contraria a la que ve en la filosofía una ciencia difícil y obscura, y por lo tanto se la considera desdeñosamente, y aun los mismos que no la han cultivado tienen la pretensión de conocer sin dificultad su objeto, y creen que para filosofar y para juzgar esta ciencia basta una ilustración ordinaria, y sobre todo el sentimiento religioso.

Respecto a las demás ciencias, se concede que es menester haberlas cultivado para conocerlas, y que sólo conociéndolas se pueden juzgar. Se conviene en que es necesario haber aprendido y ejercitado el oficio de zapatero para hacer zapatos, y eso que cada hombre tiene en su pie una regla propia para iniciarse en este oficio, así como manos y aptitud para ejercerlo. Sólo la filosofía no exigiría ni estudio ni trabajo. Esta opinión que por cierto es muy cómoda, ha encontrado en los últimos tiempos apoyo en la doctrina que admite una ciencia inmediata o por intuición.

Por otro lado, es muy importante penetrarse bien del siguiente principio, a saber, que el contenido de la filosofía no es más que el que se produce en el dominio del espíritu vivo para formar el mundo, así exterior como interior o de la conciencia; o, en otros términos, el contenido de la filosofía es la realidad misma. La conciencia inmediata de este contenido se llama *experiencia*. Una observación atenta del mundo distingue ya lo que en el vasto dominio de la existencia interna y externa es sólo apariencia fugaz e insignificante, y lo que tiene verdadera realidad. Como la filosofía no difiere sino por la forma de la conciencia vulgar, y de la manera como ésta percibe su contenido, la filosofía debe demostrar el acuerdo o conformidad de la realidad y de la experiencia. Sin duda este acuerdo puede considerarse como la justificación exterior de una doctrina filosófica; pero se puede también sentar como principio, colocándose en un punto de vista superior, que el fin más elevado de la ciencia consiste en verificar por medio del conocimiento este acuerdo; es decir, la conciliación de la razón reflexiva, de la razón vulgar y de la experiencia.

HEGEL



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### OBRAS EN ESPAÑOL

«Justicia», L. Reymont, 3.— NF. — «Manual del aspirante cinematográfico», 1,50. — «El Mar», Michelet, 3,50. — «La música en España», A. Salazar, 15.— — «Muelle de las brumas», Mac Orlan, 5.— — «Manual del fabricante de bolas de sebo», 2.— — «Manual de Lechería», 2.— — «Adelgace con inteligencia», Hauser, 5,50. — «Cuadro hemático del cáncer», Gruner, 4.— — «Fundamentos de la caracterología», L. Klages, 9,50. — «Cómo curé mi tuberculosis», Hevia, 1,50. — «El autoanálisis», K. Horney, 7,80. — «Vida del diabético», Cañadell, 5,60. — «Úlcera gástrica», 2,25. — «Colitis», 2,25. — «Alergia alimenticia», 2,25. — «Corazón», 2,25. — «Tuberculosis», Vander, 5.— — «La historia tiene la palabra», Teresa León, 1,50. — «Pablo Iglesias», Isaac Pacheco, 1,50. — «Frente al mañana», S. Albornoz, 1,50. — «José Mazzini», B. King, 5,25. — «Los mejores cuentos», 3,75. — «Memorias de la duquesa de Abrantes», 1,50. — «Mercurial eclesiástica Montalvo», 2,50. — «Madres famosas», Chandler, 5.— — «Murillo», P. Gargol, 2,50. — «Elementos de Psicología», Titchener, 3.— — «Emen Hetan», R. J. Sender, 4.— — «La familia Cardinal», L. Halévy, 2,10. — «Los falsos redentores», G. Piovene, 8.— — «Desde el fondo de la tierra», L. Castro, 9,50. — «La amargura de la Patagonia», R. Dario, 7,50. — «Felicidad», K. Mansfield, 1,20. — «La gente alegre», J. Ohnet, 2,50. — «El humanisferio», J. Dejacque, 1,50. — «Historia de San Michele», Axel Munthe, 7.— — «Historia de la literatura rusa», Walisewski, 7,50. — «El intelecto helénico», P. Gener, 4,50. — «Italia fuera de combate», I. Herraiz, 2.— — «Ideario de Quevedo», Astrana Marin, 6,50. — «Obras escogidas de Heine», 8,50. — «Poesías de Flárido», 3,80. — «Pensamiento vivo de Nietzsche», H. Mann, 6,50. — «Imitación de Cristo», Kempis, 7,50. — «Plumero salvaje», Samblancat, 3.— — «Puerto cholo», M. Puga, 3,50. — «Realización del hombre», Stieben, 0,75. — «Perspectivas culturales en Sudamérica», E. Relgis, 3.— — «Del presente y del futuro», P. Gener, 3.— — «Pensamiento vivo de Schopenhauer», T. Mann, 4,20. — «Problemas sociales de derecho penal», P. Foix, 5,50. — «Pasión de Justicia», I. Pavon, 2,60. — «Profeta del hombre», Cordero, 4,50. — «La novela de Roger de Flor», 3,60. — «Reivindicación de la libertad», Ernestán, 1,50. — «Rojo y negro», Stendhal, 3,75. — «La reina Margarita», Dumas (2 tomos), 5.— — «Reconstrucción de Europa», P. Benoit, 3,40. — «Sorolla», Pantorba, 2,50. — «Versos de Rafael de León», 9.— — «Don Segundo Sombra», Guiraldes, 3.— — «Sombras del mal», D. Macardie, 3,50. — «Epistolario amoroso», 5.— — «Titanes de la oratoria», 5.— — «Sehilia», Turgueniev, 1,50. — «Sinfonía de los siglos», Figola, 1,50. — «Teatro de Jacinto Benavente», 3,50. — «El tema de nuestro tiempo», Gasset, 3,75. — «Tolledo», F. del Valle, 1.—

### LIBROS EN FRANCES

«La bible d'un anarchiste», R. Wagner, 2,50. — «Satan et l'amour», R. Gagey, 7,50. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Hommage a Georges Eekhoud», Hem Day, 1,80. — «Servitude volontaire», E. de la Boetie, 3,30. — «L'inevitable révolution», un Proscrit, 3,20. — «Prêtres et moines», G. Dubois, 5.— — «Le cooperatisme», 3.— — «Anthologie de l'objection de conscience», H. Day, 3,30. — «La flagellation et les perversions sexuelles», Lorulot, 6,50. — «L'Emancipation sexuelle de la femme», M. Pelletier, 1,ñ. — «Tino Costa», Arbo, 7,20. — «Qual aux fleurs», Salvy, 1,90. — «Science et materialisme», Letorneau, 2.— — «Socialisme révolutionnaire», 1,80. — «Les mystères des couvents de Naples», Princesse Forino, 4.— — «Catechisme positiviste», A. Comte, 2.— — «Faust», Goethe, 2,50. — «La cité future», Tarbourden, 4.— — «Gargantua et Pantagruel», Rabelais, 4.— — «Pour assurer la paix», P. Besnard, 2.— — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Mandatelli Lassu», L. Galleani, 2.— — «Recherches sur les forces inconscientes», Barbedette, 1.— — «Les bandits tragiques», V. Meric, 2,90. — «Dalnés de la guerre», Monolin, 2.— — «Un drame politique», M. Dommanget, 2,40. — «Armoires frigorifiques», Degoix, 5,80. — «La ceramique», Giacomotti (2 tomes), 3,80. — «Jours d'Exil», Courderoy (3 tomes), 9.— — «Cours d'économie politique», Gide, 6.— — «Errico Malatesta», Fedeli, 2,20. — «L'Incubation artificielle», Paulau, 3,10. — «Traité du paysage», Floury, 1.— — «Sociologie générale», Dupreel, 6,70. — «Zola», A. Zevas, 2,50. — «L'Heredité Psychologique», Ribot, 2.— — «L'Amour heureux», Dubal, 0,80. — «La physiologie morale», Hill, 1.— — «L'Hipnotisme à distance», Jagot, 2.— — «La grande metamorphose», Gille, 1,50. — «Les grandes Jorasses», Frendo, 2.— — «Chaufrage Central», Bourioier, 5,40. — «Bahia de tous les Saints», Amado, 3,40. — «Les camps d'internement en Grece», 4,50. — «Histoire de la Coopération en France», Gaumont (2 tomes), 15.— — «La révolution inconnue», Voline, 3,50. — «La Révolution sociale», 2,50. — «Contes d'un rebelle», Delvadés, 1.— — «L'Amour libre», C. Albert, 3,50. — «L'Etat de siège», Camus, 5,50. — «William Gorwin, philosophe de la liberté», 1,80. — «Histoire des Temps modernes» (3 tomos encuadernados), 6,75. — «Pour vaincre», B. de Ligt, 1,50. — «Vie de Franklin», Mignet, 1,50. — «Histoire de Charles V», Robertson (2 tomos encuadernados), 5,50. — «Essai sur l'imagination créatrice», Ribot, 1,50. — «La coutume ouvière», M. Leroy (dos tomes), 5.— — «L'Evolution des idées générales», Ribot, 1,50. — «La vie amoureuse de Casanova», 6,50. — «Serenades sans guitare», Villeboeuf, 7,50. — «Juan de Mairena», Machado, 6,90. — «Les caractères», La Bruyère, 5,60. — «Mauvaise graine», M. Azuela, 2,50. — «Anglais, Français, Espagnols», S. de Mada-riaga, 5,20. — «Le sang plus vite», V. García, 3,75

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)